# tres veces asesino

Alberto Moya Salinas

# Capítulo 1

# Capítulo 2

Alego, en mi favor, el frenesí de mi búsqueda y el ímpetu irresponsable, esa bestia feroz que consume a nuestra raza, mientras duran nuestros días de juventud.

Y es menester indicar que, en los oscuros rincones de mi memoria se esconden relatos, si ello fuera posible, de mayor oscuridad aún. Pero no busco la absolución, mucho menos la simpatía del lector.

Se trata de lo contrario. Los hechos, que aquí consigno, han sido presentados con relativa justeza. Con un celo, casi religioso, de la huidiza verdad que todos buscamos. Y, lamentablemente, están manchados. Teñidos, absurdamente, por emociones y sentimientos, marcas ineludibles de quien ha morado en los suburbios de la razón.

De mi locura, no puedo indicar más que aquello que ya supone el lector.

Durante años, se han alejado de mí esos poderosos argumentos, que podrían combatir las inefables verdades de un diagnóstico profesional.

Pero esos mismos años han sido amables con mi memoria, amables con mi historia. Y el tiempo se ha revelado inquieto, pero paciente, por verme esculpir el relato que, hoy, finalmente, presento como el documento definitivo, aquel que ratifica mi insanidad absoluta.

Tomó tiempo, es verdad, y complicadas diligencias al interior de los oscuros callejones y laberintos de mi mente enferma, el reunir las notas ilegibles de aquellos días, así como el ordenarlas, desentrañarlas, depurarlas, presentarlas. El resultado no es alentador. Después de repasarlas, ya ordenadas, y releer mi historia desde la óptica que hoy tendrá el lector, no he dudado en condenarme.

He aceptado, digno, consecuente, mi sentencia. Y en la calma de estos pasillos cálidos, mil veces recorridos, encuentro el pago definitivo a mi desatino de juventud. Pero, interrumpido, en no pocas ocasiones, por los gritos de los locos atormentados, los golpeados y auto flagelados, los terminales, busco la saciedad temporal de los recuerdos, de aquellos días de gloria vana, de bullicio, de la misma locura, pero desatada, libre.

Heme aquí, encerrado, pero libre. Despojado, desheredado, pero en el momento justo de la historia, y a tiempo. Sin tierras, sin gloria, pero donde debo estar, no hay otro lugar para los locos.

# Capítulo 3

**Uno.**

Ajeno a los turbios comentarios acerca de la muerte del viejo Gutiérrez, a quien ya le había ganado en un par de ocasiones, decidí aceptar el ofrecimiento. Estaba dispuesto a jugar, a pesar de lo que había oído esa noche.

Tres minutos faltaban para las cuatro de la madrugada, y el implacable frío, en forma de neblina, me daba incalculables puntadas en los huesos. Fue después de varias copas, parado, la mente divagando y las manos en los bolsillos, frente al bar que frecuentábamos.

Un bocinazo, a mis espaldas, anunciaba la llegada de nuestro transporte. Un oscuro tipo de sombrero, con la mirada perdida y la voz silenciosa, nos invitaba a abordar:

-Todo ha sido arreglado, caballeros. El joven puede entrar por el muerto.

Entraron al auto, y yo, sobrepasado por la velocidad de los sucesos, y lo desconocido del futuro, sólo me limité a deslizar la mirada hasta la puerta del bar. Y fue entonces que, la perfecta alucinación de una mujer, hecha artesanalmente para mí, me golpeó como tambores de guerra en el pecho.

Tal alucinación, que de real me apretaba el corazón y me comía los ojos por dentro, me fue arrebatada por un segundo bocinazo, y me doblegó a tal punto, que sentí su falta, físicamente, en mi estómago.

Luego desapareció entre la gente, justo como yo lo hice, al entrar en ese auto. Por la ventana obtuve un último vistazo del bar, para confundirlo, luego, con los sucios edificios del viejo puerto.

El viaje fue tedioso, y el silencio que reinó todo el camino sólo fue roto, de vez en cuando, por todas aquellas pequeñas piezas sueltas, que no eran pocas, del maltratado vehículo en el que nos desplazábamos. Entre pequeñas callejuelas, el ruidoso Chevy Nova, se abrió paso hasta una zona residencial, enclavada en un cerro que no sabría reconocer, ni aún en mis cabales. La incógnita, sobre nuestro anfitrión, me carcomía por dentro, pero no fui capaz de romper el casi religioso silencio de mis

acompañantes.

Una  vez allí fui sacado del auto salvajemente, y llevado a través de un vasto jardín hasta una puerta de madera, ricamente tallada.

- Éste es el tipo que va a reemplazar al viejo Gutiérrez- dijo, acompañado de un excesivo número de risotadas, el hombre del sombrero, al gorila que cubría la puerta, que, dirigiéndome una mirada odiosa e inquisitiva, reveló una horrible dentadura, para una risa sarcástica, sin mayor emoción.

A través de un pasillo infinito, fuimos a dar a un vivero de cristal, de paredes empapadas y calor sofocante, repleto de extraños helechos y flores enormes. Esperamos allí cerca de veinte minutos, al cabo de los cuales, el gorila, con mueca ininteligible, nos anunció que la mesa estaba preparada.

- ¿Tienes el dinero?- farfulló, apoyando su dedo índice, con insistencia, en mi pecho, cuando iba a pasar.

Despegándome la camisa de la piel, y secándome la frente con la manga, saqué, a duras penas, los cincuenta mil del bolsillo. Los doblé, y luego de acercárselos a la cara, los deposité en el bolsillo de su chaqueta, junto a una rosa mustia, alguna vez roja.

Al apartarse de la puerta, observé un pequeño cuarto alfombrado, incluso en sus paredes,  con una gran mesa forrada en terciopelo verde en el centro, y cinco sillas, tapizadas con un inusitado mal gusto, alrededor.

Un nutrido bar, con espejos, coronaba la esquina, y, tras la barra, un viejo sirviendo el licor, e invitándonos a tomar asiento. Una camisa desabotonada, revelaba un sinnúmero de cadenas de oro, y una gastada chaqueta de cuero, cubría su disimulada gordura. Eso no me fue suficiente para adivinar quién era nuestro anfitrión, pero, francamente, ya había perdido los deseos de saberlo.

Por esa razón, decidí sentarme. Pero al iniciar esa acción fui detenido, una vez más, por el implacable gorila.

- Jefe: éste es el tipo que va a jugar por el finado Gutiérrez- gimoteó acelerado, en un ritmo digno de jardín infantil, y, tomándome por el brazo me acercó ante su patrón. Giró para verme, entrecerrando los ojos.

- Nunca me gustó Gutiérrez, de todas maneras- gruñó, con un cigarro en la boca, y, llevándose las manos al bolsillo de la camisa, sacó unos anteojos muy gruesos. Sin ponérselos, sólo acercándolos a su cara, me miró a través, examinándome.

- Normalmente, rechazo la idea de quitarle su plata a un niño, pero me han dicho que tienes bastante. Bienvenido.

Volvió a guardar los lentes en el bolsillo, entregándome un vaso de whisky, sin hielo. Se sentó y me señaló una silla junto a él.

- ¿Qué edad tienes, hijo?- volvió a examinarme.

- Veintiséis, maestro, apenas veintiséis- repliqué, no sin algo de sorna, poniéndome un cigarrillo en la boca, y encendiéndolo.

Ocupé mi puesto, solo para verificar que las sillas no sólo eran de pésimo gusto, sino, además, muy incómodas. Los tres jugadores restantes, tomaron posición, también. Apenas me senté, el gorila me trajo una simpática caja de fichas plásticas.

- Cincuenta mil, joven- y, mostrándome todo el esplendor de su dentadura, echó a reír.

Tomé mis fichas y me dispuse a ordenarlas en la mesa, como observé que los demás lo hacían.

- El nombre del juego es póquer, caballeros. Cada vuelta, a cinco manos. Quien abre elige el juego- afirmó nuestro anfitrión, mientras abría una baraja nueva, y revolvía diestramente- y ahora, carta mayor parte.

Cinco cartas repartió, una a cada jugador. Esto determinó que, don Miguel, a mi derecha, diera las cartas en la primera mano.

La noche transcurrió como el viento sur, con un presagio de lluvia. Mientras, jugábamos, yo evitaba, a toda costa, ganar demasiado. Numerosas mujeres, deambularon por el lugar, sirviendo tragos y riéndose, escandalosamente, a cada triunfo de nuestro anfitrión. Pero la suerte estuvo, me gustase o no, toda la noche de mi lado. Hacia las seis de la mañana, ya había limpiado a dos de los jugadores invitados.

Sólo quedábamos el viejo, don Miguel y yo.

El viejo repartía. Pedí tres cartas, esperando, que la suerte me abandonara, de una vez por todas. Don Miguel, evidenciando una desconfianza única por su juego, quemó dos de sus cartas. El viejo, sólo una, esbozando una sonrisa.

- No tienes nada. Yo lo sé, y tú lo sabes- susurró nuestro anfitrión, mientras sostenía nerviosamente sus cartas muy cerca de su cara, y me miraba sobre ellas- veamos si cinco mil más te hacen recapacitar- y agarró las fichas que le quedaban, para ir a ponerlas al centro de la mesa. Una muchacha le acariciaba la nuca, complaciente.

- Es su dinero- le respondí, sin mirarlo, deslizando mis fichas hasta las suyas- pago por ver.

- Es mucho para mí- exhaló don Miguel, lanzando sus cartas al plato- no voy.

- La hora de la verdad- le dije, levantando una ceja.

En silencio, de una sola vez, bajó a la mesa un trío de reinas, y un par de reyes.

- No tienes nada, hijo- volvió a susurrar, con una sonrisa macabra en sus labios.

Fijé mi vista en los ojos del viejo, y, una por una, bajé mis cartas a la mesa: diez de espadas, sota de espadas, reina de espadas y rey de espadas.

Con una carta en la mano, reparé en el estado del viejo. Gotas de sudor bajaban por sus sienes, y su boca entreabierta revelaba la intranquilidad que, de pronto, había comenzado a sentir.

- Piénsalo bien- me dijo, sin apartar la vista de la carta que sostenía en mi mano- si no tienes nada, no juegues con el corazón de un viejo, y ándate el plato calladito. Si en realidad tienes en la mano el as de espadas, bájalo de una vez, y déjate de huevadas.

De reojo, a mi izquierda, me percaté de los movimientos sutiles del gorila, llevándose la mano dentro de su chaqueta. La mano levantada, de mi anfitrión, lo detuvo, pero algo, en toda ésta acción, casi ensayada, me hacía dudar de mis probabilidades de salir del lugar con mis doscientos

cincuenta mil.

Curiosamente, no me dejé intimidar por estas escaramuzas, y, en vez de salir corriendo de allí, como normalmente lo haría, arrojé sobre la mesa la carta que sostenía.

Y fue a caer, lenta como el olvido, sobre las fichas en juego.

Ante la atónita mirada de los asistentes, brillaba, en toda su gloria, el as de espadas.

Aplausos repentinos llenaron el lugar. Había ganado, y vivía aún para contarlo.

Me puse de pie, y estreché la mano sudada de mi anfitrión.

- Fue un buen juego, caballeros. De verdad- se conformó el viejo, cuando intentaba pararse.

Una joven le ayudó, al tiempo en que el gorila volvía con un maletín negro.

- Todo suyo joven, no lo pierda.

Ya amanecía, observe por la ventana, y el frío volvió a invadirme. Me puse la chaqueta, y tomé el maletín, que no pesaba tanto como yo pensaba.

- Covarrubias: lleva  a los señores donde los encontraste- sentenció el viejo, antes de desaparecer por el vivero- hasta la próxima, caballeros.

Antes de salir, tomé el as de espadas que aún permanecía sobre la mesa de juego, y lo guardé en mi bolsillo.

El tipo del sombrero nos guió hasta la puerta, y en el jardín, abordamos, otra vez, el Chevy Nova, rumbo al bar que frecuentábamos.

# Capítulo 4

**Dos.**

Mi sensación de inseguridad ya había llegado al bar, mucho antes de que yo lo hiciera.

Descendí del auto, y apenas lo hice, mi ojo derecho ya buscaba un taxi en la calle.

No tardó mucho en detenerse uno frente a mí, al tiempo en que mis compañeros de juego volvían al bar, despidiéndose de mala manera.

Me acerqué al taxi, pero una mujer se me adelantó y entró en él. Mi sorpresa se multiplicó, al encontrar, en su rostro, todos aquellos detalles de la mujer que me destruía por dentro, desde la cuatro de la mañana.

- Podemos compartirlo- me dijo, armada con una sonrisa letal- ¿dónde vas?.

Sólo abordé, sin contestarle nada.

- Al Ritz- exclamé, en un tono estúpido, al chofer. Sus brazos, cruzados, abultaban su escote de dama victoriana. Y sus ojos intentaban contener, sin buenos resultados, un brillo que se le escapaba por las mejillas.

- Al Ritz- repitió ella, sin pensarlo dos veces, ocultando su rostro tras un coqueto cabello rizado.

Al llegar al hotel, ella esperó sentada, hasta que pagué la tarifa y salí del coche. Ella bajó sin esperar a que abriera la puerta de su lado.

- Puedo adivinar que no eres un caballero- y entró al hotel tan rápido, que sólo pude seguirla por la estela de su perfume, que ya había logrado memorizar.

Me registré, y la encontré de nuevo esperando el ascensor. Entró, y giró para verme entrar.

- ¿Qué piso?- murmuró con su dedo índice sobre el panel de botones.

- Catorce- respondí dejando el maletín en el suelo.

- Catorce- repitió ella, dejando escapar todo el enorme brillo de sus ojos- eso es mucha coincidencia.

Al abrirse la puerta, salió del ascensor y dobló a la derecha. La seguí inconscientemente, y fui a dar a la suite 1409. Mi habitación.

Ella esperaba, apoyada en la puerta, con los ojos fijos en los míos.

- Te dije que era mucha coincidencia- y sacó de mi bolsillo la llave, abriendo ella misma la puerta.

Tomándome por la solapa, me arrastró hasta la cama. Me quitó la ropa como un huracán. Y el resto es historia.

Desperté. Eran las dos de la tarde, y ella aún estaba a mi lado. Dormía profundamente, y no quise despertarla. Por lo que me incorporé, silenciosamente, y me fui hasta la mesa, donde había dejado el maletín.

Conté el dinero. Doscientos cincuenta mil, en perfecto orden, sobre la mesa de cristal.

Quise soltar una carcajada, pero la visión de la mujer sobre la cama me sobrecogió, ahogando mi grito.

Me puse de pie, abrí las cortinas y me deslicé hasta la cama. Desnuda, cubierta por una sábana rosa, reveló una piel tan blanca, que temí ensuciarla de sólo respirar cerca de ella. Y, lo más peculiar, al arrastrar la mirada por su espalda, justo en su hombro derecho, fui a descubrir algo maravilloso. Allí, ante mi atónita mirada, brillaba, en todo su esplendor, un as de espadas, delicadamente tatuado.

En cuanto salí de mi sorpresa, entré al baño y tomé una ducha caliente, que terminó de despertarme. Al salir descubrí el lecho vacío, y la mesa de cristal despojada de su maravilloso tesoro.

Pasaron dos horas, en un instante. Pude perseguirla, y no lo hice. Pude buscarla por la ciudad, pero, en cambio, me quedé allí esperando que volviera.

Miré la hora, eran casi las cuatro y treinta. Allí supe que no volvería. Pensé que era la mujer de mi vida, y por eso le permití que se llevara todo

mi dinero.

Tras un golpe seco, la puerta se abrió y entraron el tipo del sombrero y el gorila, encañonándome, amenazantes.

- ¿Dónde está el dinero?- preguntaron, coléricos.

- Se lo llevó, lo dejé en la mesa, y ella se lo llevó- articulé estúpidamente, pensando en que finalmente la suerte me había abandonado. Reí nervioso, y me volví a acostar. Después de todo, ¿cuáles eran las posibilidades de volver a tener un as de espadas, en esa mano?

Cuando volví a despertar, ya eran cerca de las diez. El culpable era el sonido del teléfono.

- Supe que ganaste anoche, en uno grande- sin saludo alguno, recitó Palacios, mi corredor de apuestas del hipódromo, reclamando lo suyo.

- Palacios. Yo te he tenido paciencia antes, tenme tú, ahora, algo de paciencia a mí. Te voy a pagar, socio, tú sabes.

- Yo te tengo paciencia..... socio. Es mi hermano el que se pone impaciente, y muy violento, también- amenazó Palacios, y podía sentir, tras él, los balbuceos de su hermano.

- Pues dile a tu hermano que se ponga violento lejos de mí. Si me pasa algo, tu te quedas sin dinero, y ambos sabemos que te hace falta- cambiando mi temor por astucia de negociador.

- Mañana, socio, mañana a las diez y treinta, o yo me quedo sin dinero, y tú..... sin cabeza- y colgó.

La puerta aún estaba abierta, y el cuarto, completamente deshecho. Me acerqué al minibar, y al abrirlo, recordé que, con ella, nos bebimos todo lo que allí había. No quedaba nada.

Casi veinte minutos después, salí del hotel sin un destino definido. Al pasar por recepción, ya empecé a notar la desconfianza de los empleados. Parecía como si llevase, escrito en la cara, “estoy en la banca rota”.

Caminé, sin rumbo, cerca de dos horas. Y fui a parar, sin quererlo, en la puerta del bar que frecuentábamos. Todo el camino pude sentir, sin

mayor esfuerzo, cómo me seguían, para todos lados, el gorila y el tipo del sombrero.

- Se van a encontrar aquí- dijo, sin mucho disimulo, el gorila. Y casi pude imaginarme su horrible sonrisa en mi cara.

- Claro. Cómo si una mujer increíblemente hermosa, como ella, con doscientos cincuenta mil, en un maletín negro, fuera a venir a éste bar de mala muerte- pensé en voz alta, muy alta.

Entré al bar, esperando la presencia de un amigo, que aliviara mis penas, invitándome un trago, y di con el hombre preciso. Don Miguel estaba sentado en la barra, bebiendo un vino de dudosa categoría. Bastó con una mirada, y, en silencio, me sirvió un vaso.

- Perdiste el dinero, ¿verdad?- me dijo, mirándome a los ojos, pero en el espejo que teníamos al otro lado de la barra- ¿una mujer?.

- Parecía la correcta, en su momento, don Miguel- aludí, casi excusándome.

- Suele pasar, muchacho, nadie puede tener toda la suerte, todo el tiempo- sentenció, en tono de sabio oriental- ahora, bebe, y déjame que te cuente lo que te va a pasar.

En poco más de cuarenta minutos, don Miguel me explicó lo peligroso que era el haber ganado, de esa manera, a nuestro anfitrión del día anterior. Y lo complicada que se vería mi vida, de tener aún ese dinero.

- Si vuelves a verla, corre como el viento, hijo. Esa mujer lleva "muerte" escrito en todo el cuerpo- y recuperó su tono condescendiente- Además, ¿de qué te preocupas? Tengo entendido que no tienes problemas económicos.

- Eso es lo que todos piensan- y una avalancha de realidad se me vino encima- y es una arma poderosa para entrar a los juegos, pero, don Miguel, lo que gano en las cartas, lo pierdo en los caballos- y una risa ridícula me coronó la cara.

Leí su sorpresa, cuando levantó sus cejas al unísono, y se mordió el labio inferior.

- Tengo deudas importantes, que pensaba pagar con lo ganado en el juego de ayer- le confié en un tono lastimero- ahora, me buscan: el gorila

y el zombi... Covarrubias; mi corredor de apuestas, y su hermano tonto; y muy pronto, la gente del hotel- enumeré con ayuda de los dedos de mi mano izquierda.

- ¿El hotel?- inquirió don Miguel.

- Anoche me hospedé en el Ritz- repliqué, encogiéndome de hombros, y sacando mi último cigarrillo, del bolsillo de la camisa.

- Muere con estilo, amigo mío- y levanto su vaso, para brindar por mi suerte, y ambos reímos por un largo rato.

Conversar con don Miguel me devolvió el entusiasmo, pero no el dinero. Sin duda, el Gorila y Covarrubias, no creían que yo hubiese perdido el dinero, y hospedándome en el Ritz, era obvio que Palacios no creería que estoy quebrado.

Tenía menos de veinticuatro horas para conseguir cien mil, y así pagarle a Palacios, doscientos cincuenta mil para dejar contentos a Covarrubias y el Gorila, y otra importante suma para pagar el Hotel.

Así como estaban las cosas, sólo había una alternativa que seguir.

# Capítulo 5

**Tres.**

- Sé que puedo ganar, es un juego fácil, y de mucha plata- con una sonrisa nerviosa y gotas de sudor en la frente, trataba de convencer, sin muchos resultados, a un hombre al que ya le debía cien mil, que me prestase otros ochenta mil, para seguir jugando.

A menos de veinte horas de cumplirse el plazo que los hermanos Palacios habían estipulado, para que yo pagase mi deuda, yo me atrevía a ir hasta su casa, y a pedirles más dinero aún.

Joaquín Palacios, mi corredor de apuestas del hipódromo, con su mejor traje y sentado en su sillón de cuero negro, mantenía una mirada inexpresiva. Pasaron algunos segundos, que se me hicieron eternos, y no podía dejar de mirar el revólver de su hermano, que, casualmente, se le asomaba por el pantalón.

- ¿Cuándo es el juego... socio?- y pude ver, reflejado en sus gafas oscuras, cómo le volvía la sangre a mi rostro, iluminándolo.

De vuelta en el hotel, pedí servicio a la habitación, ordenando gran parte del menú, lo que hizo recuperar algo de la confianza que me tenían, en un comienzo, los empleados del lugar. Les pedí, también, que me despertaran a las nueve de la mañana. Luego, comí y bebí bastante, conciliando el sueño rápidamente.

Me despertó la llamada desde la Recepción del hotel. Me incorporé de un salto y me metí en la ducha, donde permanecí por, casi, media hora. Me afeité, por primera vez en varias semanas, y me peine con mucha dedicación.

Abrí el bolso que me dio Palacios la noche anterior, y saqué una muda de ropa interior y un traje nuevo. Me lo probé, y al mirarme al espejo del baño, noté en el bolsillo derecho, un papel que, con la propia letra de mi nuevo mecenas, me indicaba sutilmente: “No falles, socio”.

Pasé la mañana en la piscina del hotel, recordándola, y en cada maldita cosa que veía, me aparecían sus ojos brillantes, su pelo rizado y su sonrisa satánica. En cada detalle de ese increíble mundo artificial, brillaba

ella, gastando mi dinero, y firmando mi sentencia de muerte.

Me quedé en el hotel y almorcé, cerca de las tres, en su restaurante, desde donde llamé a don Cristóbal Herrera, el intachable y público Gerente Comercial y Administrador de un importante casino, del que yo había sido expulsado en más de una ocasión, cuando el dinero, que aparento tener, y que tantas puertas me ha abierto, aún existía.

Según me anticipó don Miguel, el verdadero negocio del señor Herrera, sí muy público, pero no tan intachable, consistía en ser el administrador, también, de un curioso, y lucrativo,  casino clandestino, que funcionaba en el subterráneo del oficial.

De ésta manera, y haciendo gala de toda mi ácida capacidad de extorsión, me las ingenié para arreglar mi entrada al clandestino, para el juego de esa noche.

El taxi apareció cerca de las diez de la noche, y me llamaron desde la Recepción inmediatamente. Mientras esperaba el ascensor, Covarrubias apareció a mis espaldas, y, al abrirse la puerta, el Gorila me salió al paso.

- Vinimos para asegurarnos que llegue bien a su juego, joven- balbuceó el tipo del sombrero, y abordó conmigo el elevador- lo seguiremos con mucha preocupación, esta noche.

Al pasar por la Recepción, pedí que me prepararan la cuenta para el día siguiente.

- ¿Ya nos deja, señor?- indicó el Administrador, evidenciando no poca sorpresa en la cara.

Asentí con la cabeza, y al voltearme escuche, en voz muy baja, buena suerte, mientras noté cómo habían salido algunas mucamas, para verme partir.

No pude sino sonreír, al tiempo que abordaba el taxi, y desaparecía entre las luces y los edificios del viejo puerto.

- Estamos en el Casino, señor- y desperté de una suerte de coma, en el que entré al abordar el taxi. Le pagué al taxista con el último billete que, realmente, me pertenecía. Bajé del taxi, y me puse las manos en los bolsillos, aferrándome, con la izquierda, al sobre que contenía los ochenta mil de Palacios.

Había en el aire un penetrante aroma a frituras y algodón de dulces. Encendí un cigarrillo, solo para apartar el olor nauseabundo del aceite

quemado. Un niño se me acercó con un montón de rosas rojas en las manos. Dijo algo ininteligible, no dejaba de mirarme, cómo si le debiera algo por estar parado en la calle junto a él. Le compré una rosa. Quería venderme otra más. Le ladré algo que no puedo recordar, y comencé a subir las escaleras del Casino.

Al llegar al primer descanso, me sentí transportado a otra dimensión. De pronto, el ostentoso edificio del casino parecía transfigurarse. Al tiempo en que sus paredes se deformaban y alcanzaban alturas morbosas, los mismos escalones sobre los que estaba parado, se dilataban y estiraban, elevándome hasta las mismas entrañas de la noche. Sentía las nubes retener mis hombros, con sus garras grises, y, del suelo, enormes colmillos en los escalones, mordían mis talones como reteniéndome un instante eterno. Creí perder el equilibrio, creí perder el sentido. Y debo haberlo perdido, porque la colilla del cigarro encendida en mi mano derecha me sacó del estupor del momento.

Estaba asustado, no había duda.

# Capítulo 6

**Cuatro.**

- Me envió Herrera, para inspeccionar el sótano- le dije al guardia, adelantando el mentón, mientras me sentía como en una vieja película de gángsteres, y ponía en su bolsillo un billete de doscientos.

El tipo me acompañó hasta las anchas puertas interiores, donde me entregó una credencial que decía 'Visita Preferencial". Ésta credencial me abriría las puertas de un mundo que, francamente, era mil veces más elegante que el del Casino oficial. Y mil veces más caro, también.

- Quiero entrar al juego de póquer, amigo- le dije al tipo que estaba sentado en la caseta de cambio.

- Nuestras mesas están abiertas, señor- me replicó con un tono de funcionario estatal en día lunes.

- No, amigo, al otro juego de póquer- le indiqué yo, levantando las cejas, y poniendo especial énfasis en la palabra "otro".

- Ya veo, ¿tiene lo necesario?- argumentó estirando la mano derecha. En silencioso respeto, le entregué los ochenta mil en el sobre cerrado. Sin volver a mirarme, y mientras contaba el dinero, me indicó una puerta a sus espaldas.

Me di vuelta para verificar si había algún conocido que me aguara la fiesta, reconociéndome, y pude ver, forcejeando con el tipo de la puerta, a Covarrubias y al Gorila, que intentaban entrar a toda costa.

Me olvidé rápidamente de ellos, mientras crucé la puerta y descendí por las escaleras que daban al lujoso subterráneo. Un extraño garzón me indicó una de las puertas forradas en cuero. Entré a la habitación indicada, una extensa sala en penumbras, completamente acolchada con un fino cuero de color burdeos, un excelente y bien abastecido bar, en la esquina, y una increíble mesa de póquer, con cinco sillas para jugadores, y una, más alta, para el tallador.

Tres de las sillas ya estaban ocupadas con tres ancianos vestidos de esmoquin, que, con habanos en la boca, y copas de coñac en las manos,

discutían sobre su maravillosa suerte de esa noche, y de qué tan fácil ganarían el juego.

Me acerqué al bar y me serví un gran vaso de whisky, ésta vez, con hielo. Me senté a la mesa, y el tallador me entregó mis fichas.

- Cuente, por favor.

- Confío en usted- le dije. Complacido, volvió a sentarse- ¿A qué esperamos?.

- Al último jugador, joven- contestó uno de los vejetes, quitándole las palabras al tallador.

Miré el reloj, y de reojo observé cómo se abría la puerta, dejando entrar un raudal de luz, proveniente del clandestino casino contiguo. El último jugador había llegado, y cuando me acostumbré a la contraluz, pude apreciar, en todo su esplendor, la figura de una bellísima mujer con cabello rizado, chaqueta de cuero, y un maletín negro en la mano.

Las cartas estaban echadas, y, por tercera vez, tenía al as de espadas en la mano.

Con una mueca inexplicable en mi rostro, observé cómo los ancianos se ponían de pie, para recibir al último jugador. Ella, con los ojos llenos de su brillo fulminante, desenvainó su sonrisa diabólica, y esperó en silencio hasta que yo me parara, también.

- Un placer verla otra vez- gimoteó uno de los ancianos, al tiempo en que se adelantaba para estrecharle la mano. Ella saludó, sin dejar de sonreír un solo momento, uno a uno, a los demás.

- Siempre es agradable jugar a las cartas con Usted- agregó otro.

- ¿Conoce Ud. a nuestro compañero de hoy?- se apuró el tercero, sin permitir que los otros le excluyeran de la conversación.

- No he tenido el gusto, don Marcos- contestó ella, dejando que sus palabras me emborracharan una vez más, mirándome a los ojos- soy Agustina- y estiró la mano derecha, con gesto dócil, de antigua amiga,

hacia mí.

- Roberto- le di la mano, y ya no pude decir más. Mirándola fijamente, observé cómo ella me daba una ojeada rápida.

- Lindo traje, Roberto. Hasta la ropa interior parece nueva- replicó ella, con mirada cómplice. Dejando el maletín en el suelo, se sentó frente a mí.

Los demás rieron a carcajadas, como quien se burla del novato del grupo, mientras yo me sentía completamente traspasado por su mirada. Esa sensación de transparencia, me acompañó por mucho rato más.

Permanecí, por eternos segundos de pie, embobado por el momento, con las manos sobre el pecho de mi traje nuevo. Al deslizarlas hacia abajo, encontré mi bragueta completamente abierta. Con mucho disimulo la cerré al sentarme, y, mirando al frente, descubrí en los ojos de Agustina, su aprobación al respecto.

- Winner takes all, dama y caballeros, el ganador se lleva todo- levantó la voz el tallador, y al escuchar el nombre del juego, la mesa se vio rodeada de gente adinerada, que quería verlo.

De más está decir, que todo habría transcurrido tal y como lo había planeado en un comienzo, si ella no hubiera estado presente. La sensación de transparencia, a la que hacía mención antes, desarticuló mi capacidad de mentir descaradamente. Fue así como ella logró anular mi juego, una y otra vez, durante toda la noche. Y a ella, sólo le bastaron un par de manos, para desplumar, sin mayores dificultades, a los tres ancianos, que, aún perdiendo, no dejaban de alabarla.

Por mi parte, logré conservar mi pozo inicial, ganando las manos en las que ella no iba, y ganar un poco más, lo que me permitía mantener una aparente tranquilidad frente a su juego avasallador.

No tengo claro cuánto tiempo transcurrió, supongo que dos o tres horas, al final de las cuales, tuve que vérmelas, cara a cara con ella.

- Pago por ver- le dije, dejando otras diez fichas sobre la mesa, con la mano izquierda, y sosteniendo un miserable trío de reyes, en la otra. El

pozo acumulado sumaba, fácilmente, unos diez mil.

- Tú ganas, supongo- y mostró su juego, ahondando el rasgo macabro de su sonrisa. No tenía absolutamente nada en su mano, y echó a reír, con la liviandad de aquel que juega con dinero ajeno.

Oportuno, pensé yo, porque ese instante, me ayudó a recordar que mi propia vida dependía, en más de un nivel, del dinero que ella me había robado. Eso ocasionó un quiebre importante en el juego, y desde ese momento, empecé a ganar.

Tres full house y dos escalas reales en juegos consecutivos, pusieron las cosas en orden, y la balanza a mi favor. Casi media hora después, ella se encontraba aferrándose a sus últimas veinte fichas. Encontré un extraño placer, casi enfermizo, en el esperar su desmoronamiento. Aún en su irremediable caída, su estilo ganador, impecablemente sensual, seguía imperando.

- Esa es la mirada que has puesto cada vez que has tenido una escala real, pero es muy parecida a la que utilizas cuando estás mintiendo- pensó en voz alta, y levantando su ceja derecha, permitió que su rostro acompañara su duda -, pero ¿cuál de las dos es, ahora?- su rostro no pudo contener la confusión.

Entonces, gracias a los años de experiencia en el juego, pude ver, finalmente, a través de ella. La ambigüedad de mi expresión, propició un instante, inconsciente, de debilidad en su juego. El modo en que tomaba las cartas cambió radicalmente, mientras que, con los dedos de su mano izquierda, tamborileaba, frenética, sobre las fichas que le quedaban. Se había transformado en una niña malcriada, rehusándose a perder, por lo que aproveché el momento, y la instigué un poco más.

- Tal vez esta es otra mirada, distinta a las anteriores- le dije, suavemente, mientras juntaba mis cartas y las ponía sobre la mesa, cara abajo- Si yo subo la apuesta a, digamos, treinta, tendrías que bajarte o quedar fuera, y nunca lo sabrías- y recargué mi espalda en la butaca, esperando su apuesta.

- Estás blufeando, otra vez- resopló nerviosa, pero se adelantó hacia la mesa, cargando el cuerpo sutilmente, evidenciando un renovado interés por mi juego. Y avanzó las veinte fichas, hacia el centro de la mesa.

- Quizás- y contando cuarenta fichas con mi mano izquierda, empecé a empujarlas, lentamente, hacia el pozo acumulado-, pero me parece que no tienes lo suficiente para saberlo. Pago tus veinte y veinte más- y su estilo perdió, repentinamente, todo rastro de victoria. Su mirada se

perdía, buscando desesperadamente una solución a su dilema. Los ancianos cuchichearon en sus asientos, pude oírlos, y no me importó. Mi acción no fue la de un caballero del póquer, pero, dada las circunstancias, y el increíble aprecio que le tengo al respirar, resultó muy efectiva.

Intentando reproducir sin mucho éxito, su sonrisa diabólica, me abalancé muy despacio hacia las fichas.

- ¡Espera!- y me frenó, levantando su brazo izquierdo hacia mí. Dejando las cartas sobre la mesa, echó mano a un exquisito collar de perlas que brillaba en su cuello- este collar vale unos cincuenta mil, ¿lo aceptas?- y al desligarse de él, dejó arrancar una mueca de dolor, que encontró eco inmediato, entre algunas señoritas que miraban el juego.

- Lo acepto, pero acabas de subir la apuesta otros treinta mil- e hice una pausa ínfima, pero suficiente para que ella recuperara su interés por el pozo total. Conté otros treinta con la mano izquierda, y los arrojé al centro- aquí están tus treinta- y tomando con las dos manos todas mis fichas las adelanté al pozo- y, no sé cuánto hay aquí, pero subo todo esto más- y abrió la boca tanto como la piel se lo permitió. Estaba destrozada, pero no estaba dispuesta a perder. Mi insistencia por subir la apuesta, aún hasta esos extremos, la había convencido que yo estaba mintiendo.

- Son doscientos ochenta mil más para Usted, señorita- haciendo gala de su rapidez mental, el tallador cantó la cifra que yo acababa de apostar.

Ella estaba más allá de toda capacidad de reacción. Mi juego la había desarmado, y ella ya no era capaz de detenerse. La espera se hizo eterna, pero yo no dejé de sonreír en ningún momento.

- No tengo más, te lo juro- jadeó, intentando recuperar su estilo orgulloso, notando, al parecer, que lo había perdido hacía ya mucho rato.

- El maletín, Agustina, apuesta el maletín, y quedamos saldados. Ya nadie sube, después de eso- dije condescendiente, señalándole con la cabeza, mi maletín negro, apoyado en la mesa, junto a ella.

Dejó escapar por sus mejillas, una vez más, el increíble brillo de sus ojos. En sus labios, volvió a dibujarse la malévola mueca de satisfacción. Asintió con la cabeza, otorgándome una felicitación tácita, por mi última movida. Luego, tomó el maletín, y lo puso sobre la mesa.

Al instante, sentí un ensordecedor cuchicheo a mis espaldas, cuando los numerosos mirones que, a esa hora, ya se habían reunido en torno a la

mesa,  se preguntaban qué tendría el maletín.

- Pagué por ver, Agustina- le dije en un tono casi paternalista, mientras ella sostenía sus cartas, apoyando los brazos sobre el maletín. Le di una última bebida a mi numerosas veces renovado, vaso de whisky, y encendí un habano, gentileza de Joaquín Palacios.

Inhaló profundamente, y puso sobre el maletín, de una sola vez, una escala de corazones, del ocho a la reina. Entonces, contuvo la respiración, y esperó mi juego.

- ¿Qué tienes?- dijo señalando mi mano con un corto movimiento de cabeza.

- Dos pares. El primero es de reyes- y bajé mi primer par a la mesa- y el segundo, también- y cuando deposité las restantes tres cartas sobre la mesa, exhaló tan fuerte, que su escala de corazones salió volando, y fue a caer sobre las fichas en juego.

- Cuatro cosas, gana el caballero- soltó el tallador, no sin un dejo de alivio ante el final del juego. Algunos aplausos aislados y abundantes exclamaciones, llenaron la sala de cuero burdeos. Le di al repartidor un par de fichas de cien, y él, juntando mis fichas en una caja, partió a cambiarlas a la caseta.

- Winner takes all, Agustina- dije cuando me levanté y tomé el maletín, que aún se encontraba sobre la mesa, y al alzar la vista, vi que ella ya no estaba. La busqué con la mirada por entre la gente, pero sólo pude encontrarme con Covarrubias y el Gorila, que me felicitaban con sus pulgares hacia arriba. Bajé la mirada, y tomé el collar de perlas que estaba sobre la mesa, guardándolo en el bolsillo del pantalón.

- ¿Nos acompaña, por favor, el caballero?- un par de guardias del casino se me habían acercado, para acompañarme a la sala de cambio.

- Por supuesto- contesté, y caminé entre ellos, sintiéndome un personaje bastante importante, hasta una puerta de metal, muy semejante a una bóveda de banco.

Entré, y vi que se trataba de una sala pequeña, toda metálica, con una mesa al centro, también de metal, y una cómoda silla acolchada. Al poco tiempo, entró un cajero, cargando un maletín metálico, muy brillante. Se

puso a contar billetes de distinta denominación, que me iba pasando en fajos de a diez mil.

- Cuatrocientos mil, señor- dijo finalmente, entregándome el último fajo.

Miré la mesa, y me dejé impresionar, una vez más, por la visión insuperable de todos esos billetes, cuarenta fajos, ordenados uno junto al otro.

El cajero salió de la habitación, y me dispuse a guardar los cuatrocientos mil en el maletín. Eran casi las cuatro de la madrugada, cuando al abrirlo, sobre la mesa, encontré, que de los doscientos cincuenta mil que allí había, sólo quedaban cien mil. Eso, y una blusa de seda, manchada con vino.

Mientras guardaba los cuatrocientos mil, saqué, mentalmente, cuentas de mis deudas, y no pude sino sonreír, esperando que Agustina le hubiera dado un buen uso a mi dinero.

Salí del casino, y el auto de Covarrubias me esperaba en la calzada. El Gorila me abrió la puerta, y con su mano izquierda, me invitaba a entrar. En el interior recibí las felicitaciones de ambos matones, el tiempo en que el zombi me entregaba una bolsa de papel, para que yo la llenara con los billetes recién ganados.

- Doscientos cincuenta mil, mequetrefe. No intentes jugar con nosotros- Covarrubias no estaba, ya, de tan buen ánimo cómo hacía unos instantes.

Sin decir una sola palabra, abrí el maletín, y coloqué, lenta y transparentemente, la mitad de lo allí había, en la bolsa de papel. En total, entregué veinticinco fajos de billetes a ese par de matones baratos.

Me bajé del auto de Covarrubias, y tan sólo un instante después de sentir el chirrido de los neumáticos derrapando en el asfalto, se estacionó junto a mí el vehículo de Joaquín Palacios. Se abrió la puerta de atrás, y vi las manos de mi mecenas, aplaudiéndome.

- Entra, socio, vamos a celebrar- dijo, en un tono festivo, inexplicable en él.

Quería salir lo más pronto posible de aquel entuerto, por lo que me apresuré en abrir el maletín. Conté, tan rápido como me lo permitían los vasos de whisky que había tomado, dieciocho fajos de billetes, y se los

ofrecí a Palacios, con las dos manos.

- Ciento ochenta mil, Palacios. Ya no te debo nada- y estire mis brazos para entregarle el dinero.

- Olvidas los intereses, socio- y recalcó desagradablemente la palabra socio- digamos, un treinta y ocho por ciento. Ya lo he pensado bastante. Si, un treinta y ocho, me debes doscientos cincuenta de los grandes, socio, que, si no conté mal hace unos momentos, es precisamente la suma que traes en el maletín.

Palacios tenía un especial talento para calcular rápidamente y poner las matemáticas a su favor, no era un tipo al que le gustase bromear sobre dinero, por lo que comprendí que lo mejor era resignarse. Poniendo los dieciocho fajos que sostenía en el maletín, lo cerré y se lo entregué.

- ¿Dónde te dejo, socio?- dijo, entonces, Palacios, evidenciando que su cariño y respeto por mí, estaban, ya, en peligro de extinción. Lo de socio, ya estaba empezando a hostigarme un poco.

- ¿Puedes dejarme en la Joyería Palace?- articulé, señalando, absurdamente, con la cabeza y el índice derecho hacia delante. Joaquín le tocó el hombro a su hermano, indicándole, con un gesto sutil, que condujera. Sin palabras, arrancó el auto, y volvimos a recorrer las calles del viejo Puerto.

No miré hacia atrás. Tampoco me despedí. Simplemente me bajé del auto, y, al levantar la vista, pude leer el neón de la "Joyería Palace". Eran casi las cinco de la madrugada, y el lugar, obviamente, estaba cerrado. Salvo para aquellos que sabían dónde llamar.

Muchas de mis deudas de juego, fueron pagadas a tiempo, gracias a ésta 'atención especial de veinticuatro horas'. Eso, porque, muchas de las transacciones que, en ese lugar se llevaban a cabo, requerían de horarios poco tradicionales.

El negocio más lucrativo del joyero Guillermo Marconni no estaba, precisamente, en la venta de sus propias creaciones, y yo, gracias a mi maldita costumbre de perder en el hipódromo fui, durante muchos años, uno de sus proveedores más estimado.

- Dije quince, campeón, y ni un peso más- dijo el viejo joyero, mirándome

por sobre sus gruesos anteojos.

- ¿Quince?- y mi serenidad empezó a desvanecerse ante el infranqueable rostro del viejo- ¿por qué no sacas una pistola y me asaltas, de una vez? Tú sabes que esto vale, por lo menos, unos cincuenta grandes, Marconni. Son perlas naturales, viejo, ¡míralas!.

- A mí me parecen bastante pequeñas- y volvió a mirar, más de cerca ésta vez, el collar de Agustina- Son perlas corrientes, campeón, cultivadas quién sabe dónde. Te doy veinte mil, pero no vuelvas a decir una palabra, o puedes ir buscándote otro reductor ilegal de joyas de baja categoría. Uno que aguante tus idioteces, por ejemplo.

Marconni siempre fue un viejo usurero. Un maldito delincuente, claro, que me ha salvado, en incontables ocasiones, de morir en manos de mis acreedores. En honor a la amistad, decidí callar, y caminar, de vuelta al hotel, con veinte mil en el bolsillo.

# Capítulo 7

**Cinco.**

Quince minutos habían pasado, ya, desde que me sacó de la ducha el sonido del teléfono, justo al mediodía. Desde Recepción, me avisaban que la cuenta ya estaba lista. Mientras me secaba, un botones subió con mi viejo traje, desde la lavandería.

Bajé, entonces, hasta la Recepción del hotel, vistiendo el mismo viejo traje con el que llegué, y con menos dinero, por cierto. Con mi mano derecha, cargaba mi nuevo bolso de viaje, que contenía un traje (prácticamente nuevo), ropa interior sucia, del día anterior, una blusa de seda manchada con vino, y un pequeño sobre con veinte billetes grandes.

La cuenta del hotel decía mil quinientos, pero, sobre la mesa de la Recepción, dejé dos billetes de mil. No sólo pretendía agradecer la paciencia de mis anfitriones, sino, también, prepararlos para mi próxima visita.

Me gustaría decir que la anterior experiencia cambió mi forma de actuar, de ahí en adelante, pero, desde luego, eso no ocurrió. Antes de que pudiera darme cuenta, estaba en las puertas del Hipódromo, buscando a Palacios, con la mirada.

Me acerqué a una de las cajas y retiré una hoja con el programa de las carreras. Faltaban veinticinco minutos para las cuatro de la tarde, y la cuarta carrera estaba por empezar.

Se trataba de una carrera de mil cuatrocientos metros, para machos de tres años. Destacaba, en las estadísticas, un pingo azabache, el número cuatro, montado por un jockey mediocre, ambos sin triunfos anteriores en esa distancia (ni en ninguna otra). El nombre del corcel en cuestión fue lo que me resultó, por decir lo menos, curioso. Curioso e irresistible: “As de Espadas”.

- Esto debe ser una especie de señal divina- pensé, en voz alta- mi mala suerte en las carreras se acabó.

No lo pensé dos veces, y, echando mano al sobre del dinero, saqué todos los billetes que allí tenía. Me acerqué a la ventanilla, y aposté, decidido,

los dieciocho mil, a ganador, al caballo número cuatro.

Así fue cómo perdí todo mi dinero. Faltando quince minutos para las cuatro de la tarde, "As de Espadas" dio la peor carrera de su campaña. No sólo llegó último, sino que, además, ocasionó una espectacular rodada en la que involucró a otros dos caballos, que luego hubo que sacrificar.

Lo único bueno, a esas alturas, era que llevaba casi doce horas sin deberle algo a alguien. Me parece que fue en ese momento, cuando empecé a observar un nuevo patrón en mi conducta. Tomando mi bolso, lo cargué en mi hombro derecho y salí del Hipódromo sin rumbo fijo.

Al cabo de un par de horas fui a dar, inevitablemente, al bar que frecuentábamos, en la parte más vieja del sucio puerto.

Después de muchas horas, y de muchas copas de un vino barato, conversadas con alegría y melancolía (gentileza de mi amigo, don Miguel), un par de tipos nos invitaban a un juego en los bajos fondos. La entrada: treinta mil.

- Estoy dentro- aceptó don Miguel en forma, casi, instantánea, y dándome una mirada instigadora.

- No tengo esa suma, lo siento- dije, encogiéndome de hombros. Estaba empezando a asumir mi nuevo modo de vida: la pobreza.

- No se preocupe, joven. El señor Palacios ya canceló su entrada- me confesó, amablemente, el más alto de los matones.

De corredor de apuestas a mecenas, y de mecenas a manager de un jugador compulsivo. Joaquín Palacios me sorprendía una vez más, arreglando un juego barato, para mutuo beneficio.

De ésta manera, volví a mi tradicional estilo de vida. Pocos minutos faltaban para las cuatro de la mañana, y el frío, en forma de neblina, me daba incalculables puntadas en los huesos. Parado, la mente divagando y las manos en los bolsillos, frente al bar que frecuentábamos.

Un bocinazo, a mis espaldas, anunció la llegada de nuestro transporte. El matón alto, detrás del volante, nos invitaba a abordar.

Don Miguel entró al auto, y yo, sobrepasado por la velocidad de los sucesos, y lo desconocido del futuro, sólo me limité a deslizar la mirada hasta la puerta del bar. Entonces,  la vi. Una rubia de curvas perfectas y abultados labios escarlata, se despedía de sus amigos y caminaba hacia la calle. Una sublime visión que alimentó mis más oscuras fantasías.

Entré en el auto, sin perder de vista sus piernas de bailarina, mientras ella se montaba en un taxi, y se alejaba de mí.

Por la ventana obtuve un último vistazo del bar, para confundirlo, luego, con los sucios edificios del viejo puerto.

No pude sino sonreír, ¿qué más podía salir mal?

# Capítulo 8

**Seis.**

Fue así como, juego tras juego, comencé a pagar mis deudas ordenadamente. Dejé de ir al hipódromo, al renovar mi interés por seguir respirando.

Joaquín Palacios resultó ser un mecenas exigente, y más interesado en obtener beneficios económicos, que en mi bienestar mental, me inscribía en juegos, de variada envergadura, cada tres o cuatro días. Su hermano, el matón con problemas de autocontrol, se encargaba de asegurar mi presencia en aquellos compromisos, me interesasen o no.

Pero la práctica hace al maestro, dice el adagio, y después de varios meses en los circuitos del bajo mundo porteño, terminé recuperando mi fama de ganador adinerado. La disciplina impuesta por los hermanos Palacios, con los ya mencionados resultados, me liberó de mis deudas hace ya algún tiempo.

Hasta la semana pasada, por lo menos, cuando ella volvió.

No puedo decir que al principio no la busqué, sin resultados, claro. Así como mentiría, también,  si dijera que esperé, en el más absoluto celibato, a que ella volviera a mis brazos.

El asunto es que, después de un buen tiempo, me di cuenta que no necesitaba buscarla. Pensé que, si jugaba lo suficiente, y ganaba lo suficiente, tarde o temprano tendría los bolsillos llenos, y se me acabaría la suerte. Entonces, sin duda alguna, ella volvería por mí.

Y no me equivoqué, porque después de ganar uno grande en el casino clandestino que manejaba Herrera, me encontraba en compañía de varios tragos y mi viejo amigo, don Miguel, en el bar que frecuentábamos. Fue entonces cuando se me acabó la suerte.

Entró con su huracán acostumbrado, repartiendo sonrisas, buscando una víctima con sus ojos de depredadora, hermosa, fatalmente hermosa.

- No la mires. Esas mujeres reconocen la debilidad cuando la ven- apenas,

balbuceó don Miguel, fijando su mirada en las botellas detrás de la barra.

El viejo tenía razón, como siempre. Porque bastó con distraerme un poco mirando por el espejo que tenía enfrente, y encontrarme casualmente con sus ojos, para que ella atacara.

- Vino blanco- le dijo al cantinero, golpeando con la larga uña de su dedo índice derecho, sobre la barra, ubicándose a mi izquierda. No la miraba, pero sabía que ella enterraba sus ojos bajo mi piel, mientras esperaba su copa.

- No la mires- con la habilidad de un ventrílocuo, repitió don Miguel, sin mover los labios.

- No me mires- susurró Agustina en mi oído, mientras deslizaba esa larga uña de su dedo índice, desde mi cuello hasta mi hombro.

Don Miguel dejó un par de billetes en la mesa, y levantando la mano, se despidió sin emitir sonido alguno. Esa fue mi sentencia.

En mi primer, y último, intento por abandonar el lugar, bebí mi trago tan rápido como mi garganta me lo permitió. Aún así fue un instante eterno.

Cuando el exquisito ardor del vodka, alcanzó mi estómago, llevé mi mano derecha hacia el bolsillo interior de mi chaqueta, con el objetivo de agarrar algo de dinero. Ella canceló esta acción, dejando un billete sobre el mesón.

- Yo invito, Roberto- y sus palabras se incendiaron en el aire.

Tal vez fue su voz intoxicante, o solo el exceso de alcohol en mi organismo, pero me resultó necesario poner ambas manos sobre la barra, para no caer, inconsciente, sobre el suelo del bar.

En lugar de eso, caí inconsciente sobre la barra.

“Lindo espectáculo”, decía la nota que encontré sobre mi pecho al despertar a la mañana siguiente. Cómo había llegado allí la madrugada anterior, era una duda que comenzaba a crecer en mi cabeza.

Solo el pensar que Agustina había estado en mi departamento, me hizo revisar mis bolsillos automáticamente. Al encontrar todo en su lugar,

descarté su participación como posible samaritana.

Encendí la radio y puse la tetera sobre el quemador de la cocina. Mi cabeza estaba a un segundo de estallar, y otra vez prometí, de manera muy ligera, no beber nunca más.

Abrí la pequeña caja fuerte bajo el televisor, regalo de Joaquín Palacios, al inaugurar el departamento hacía tres semanas, cuando me cansé de ir de hotel en hotel. Entonces, habiendo separado previamente la parte de Palacios, guardé el dinero ganado la noche anterior. Lo puse delante de un fondo falso, en el que guardaba treinta mil billetes, destinados a emergencias; y un collar de perlas, que alguna vez vendí al viejo Marconni por veinte grandes. Recuperarlo me costó cincuenta, pero valió la pena cada billete.

Bebí mi café, pero eso no logró aplacar la resaca. El alivio parecía esconderse tras una buena ducha helada. Sin embargo, el alivio nunca llegó.

Escrito con lápiz labial, un mensaje en el espejo del baño terminó por descomponer mi estómago. Mientras intentaba no vomitar, respirando profundo, su voz retumbaba en mi cabeza:

"Cena. Hoy. Tu departamento, a las ocho".

Tres o cuatro veces pensé en largarme de allí. Tenía varias horas para alejarme del lugar, pero las consecuencias parecían peores.

Ella tenía mis llaves, y el permitir su entrada sin supervisión, equivalía a dejarla desvalijar mi departamento. Eso, y una mezcla de curiosidad y masoquismo, me hizo permanecer, de pie, frente al espejo del baño, por espacio de una o dos horas.

Pasado ese lapso, recuperé el control de mis extremidades, solo para sentir un cansancio abrumador. Había dormido muy poco la madrugada anterior, y el curso de los acontecimientos, agregaba una carga importante sobre mis hombros.

Mientras intentaba conciliar el sueño, repasé lentamente la historia de mi bizarra relación con Agustina. Degusté una vez más sus labios, y enfrentando osadamente la tormenta de su cuerpo, recapturé a la mujer

que amaba, condenándome irremediablemente al azar de sus juegos.

Encadenado, una vez más, dormí profundamente, esperando que el reloj pasara de largo, mientras estaba inconsciente. Y vino a mí un sueño portentoso. En él, una curiosa alteración subconsciente, me regresaba a la noche en que la vencí en el casino, ahora convertido en un gigantesco invernadero de cristal.

El sueño en cuestión, revivía de manera, más o menos, precisa lo sucedido aquella noche. Pero al momento en que mi yo onírico, se disponía a bajar esos ases ganadores sobre el paño verde, un sobresalto me trajo de vuelta a la realidad fatal de la que estaba logrando escapar.

Era el teléfono, que repicaba incansable sobre la mesa del comedor.

- Tengo tu dinero aquí, Palacios. Bien seguro en la caja fuerte- me adelanté a los reclamos de mi manager, haciendo su acostumbrada llamada de las cinco de la tarde.

- Gracias, socio, pero no me preocupa eso por ahora. Te llamo para que estés preparado- mi "socio" intentaba anunciarme algo importante. Al menos importante para él.

- No otro juego, Joaquín. Acabo de ganar uno grande, recién anoche- me apuré en objetar su anuncio.

- A medianoche, Galland. Mi hermano pasa por ti a las doce- sentenció el hombre, con el tono severo de un jefe cansado.

Demasiado sobresaltado como para volver a la cama, me metí a la ducha cerca de las seis. Luego, intenté una costumbre tiempo atrás olvidada, en la que caminaba hacia una tienda y adquiría alimentos, en buen estado, para cocinarlos y consumirlos de vuelta en casa.

Con el relativo éxito de la operación anterior, mi confianza empezó a mejorar. En ese momento, recordé el sueño inconcluso de aquella mañana. Mentalmente, llené el vacío onírico, que dejó la interrupción de Palacios. Particularmente, añadí el momento exacto en que me sobrepuse a ella, en aquel juego.

En honor a la verdad, Agustina era rápida de tentar, fácil de engañar, y, lo mejor de todo, deliciosa al perder.

Comencé, por vez primera, a ver las cosas en perspectiva. Llevaba meses demostrando que era el mejor en el juego, y era hora de utilizar mis

habilidades en otro orden de cosas.

Estas cavilaciones, se fueron mezclando con el exquisito aroma de las especias en la salsa, que llenaba el departamento. Empeñado en la realización de una obra de arte culinario, los minutos transcurrieron amables. El reloj sobre la puerta, ya marcaba más de las ocho, y, sin embargo, no lo noté hasta que el sonido del timbre me liberó de la hipnosis, provocada por las infinitas burbujas, en la olla de la pasta.

- Huele a albahaca. ¿Qué hay de cenar?- preguntó Agustina, levantándose sobre la punta de sus pies, para ver sobre mis hombros hacia la cocina.

Lucía radiante. Su pelo rizado, brillaba maravillosamente, libre sobre sus hombros.

- Pasta. Salsa- articulé sin sentido, pero absolutamente consciente, señalando a mis espaldas, con el cucharón de palo en mi mano derecha.

Entró, abriéndose paso, a pesar de mí, sin dejar de mirarme a los ojos. Dejo mis llaves sobre la mesita de la entrada, y se deshizo de su chaqueta de cuero, soltándola sobre el sillón.

- ¿Cómo va esa resaca, cariño?- dijo dulcemente. Y, dándome la espalda, la perdí por unos segundos, mientras entraba en mi habitación. Salió cargando un par de camisas. Parecía inofensiva, como si nuestra relación no se tratara de robarnos constantemente. Como si fuésemos una pareja absolutamente normal.

Depositó las camisas suavemente sobre el respaldo del sillón, y comenzó a desabotonar la que yo tenía puesta. Al mirar sus dedos, pude apreciar también la mancha de salsa sobre mi pecho, y así entender, cabalmente, la naturaleza de su acción.

Y en un descuido, mientras probaba cuál de las dos camisas, que ella había elegido, resultaba más apropiada para la ocasión, ella ya había tomado posesión de la cocina, ciñéndose un delantal rojo, y revolviendo la salsa.

Cuando, finalmente, logramos sentarnos a la mesa, la cena transcurrió suave y placentera, natural. Le hablé del departamento nuevo, del fin de mis deudas, de la caja fuerte de Palacios cuya particular estructura de acero mejoraba, considerablemente, la imagen aberrante del viejo televisor blanco y negro, regalo de don Miguel.

Y ella me habló de su infancia acomodada y aburrida, de su pasión por las carreras de caballos, de sus infinitas deudas, de su familia de alcohólicos

muertos, de su soledad.

Con cada palabra suya, se llenaba el aire de mi departamento, como si pudiera verlas, escritas contra el techo, en grandes letras rojas. Su historia rodeándome, y yo, maravillado de leerla, encontrando que cada palabra de su historia, era también cada palabra de la mía.

Y en ese trance, cuando el lecho de nuestras historias nos invitaba a olvidar, y justo antes de sumergirme en su tormenta, fuimos sesgados por el sonido implacable de la puerta. Era hora de ganar algunos billetes, me gustase la idea o no.

La dejé recostada sobre el sillón. Y mientras me pedía que me quedara, saqué el dinero de Palacios de la caja fuerte.

- Regreso pronto. No te vayas- susurré junto a un beso, sobre su frente. Supongo que, en realidad, quería decir "Regreso pronto. No te lleves los muebles", pero no quise presionar mi suerte dándole ideas.

Supongo, también, que las ideas aquellas ya estaban en su cabeza, porque, al regresar a la mañana siguiente, ella había desaparecido, junto con mi televisor y un par de trajes.

# Capítulo 9

**Siete.**

- ¿41 pulgadas?- preguntó sorprendido, mientras yo intentaba mostrar, abriendo mis brazos, el tamaño de la pantalla de mi nuevo aparato de televisión, luego de contarle el episodio en el que perdí su regalo.

- No es tanto el tamaño, don Miguel. Es el peso. Es increíble cómo los hacen cada vez más livianos. Hice que la vendedora cargara cada aparato que tenían, antes de decidirme. Compré el más pesado de todos- y era cierto. De no haber estado el hermano de Joaquín Palacios para ayudarme en la faena, dudo que hubiera logrado subir los tres pisos hasta mi departamento.

El televisor de 41 pulgadas fue el primer gasto responsable que había hecho en mi nueva vida. Tan responsable, que harían falta dos hombres fornidos para robarlo.

Don Miguel asintió con su risa sabia, habitual, y se echó una copa a la garganta.

Después de aquella cena con Agustina, el siempre abusador Palacios me mantuvo ocupado con juegos, cada noche de la semana. Sin embargo, esa noche, exhausto, me retiré temprano.

Bebí un último sorbo de mi vaso de vino y, con un gesto insípido, me despedí de don Miguel. Emprendí mi regreso a casa, no sin antes pasar por el almacén, pensando en cocinar algo ligero y luego dormir. Pero, contrario a mi plan original, al entrar a mi departamento, no fue descanso lo que encontré.

- Hay que reconocer que se ve mucho mejor que el otro- se apresuró en anunciar Agustina, sentada en mi silla de cuero, sin despegar los ojos del televisor.

- Y es muchísimo más pesado, también- aclaré señalando el aparato en cuestión, con mi dedo índice izquierdo, mientras dejaba la mercadería sobre la mesa de la cocina.

- Lo sé- indicó ella levantando las cejas y sonriendo con los labios apretados. Se levantó y comenzó a sacar los víveres de la bolsa,

indicándome con un gesto de su cabeza que le pasara el delantal.

Apagamos el aparato de televisión y cenamos reposadamente. Bebimos café, hablamos.

Agustina desbordaba su sonrisa por todo mi departamento, inflamándolo, incinerando los espacios vacíos. Sin embargo, algo en el brillo inmenso de sus ojos había desaparecido. En su lugar, había un terrible peso escondido tras sus párpados.

Nos fuimos a la cama, pero no hicimos el amor. Había algo puro en la ceremonia que realizábamos, algo que el sexo habría traicionado. En lugar de eso, nos acariciamos y permanecimos abrazados hasta el amanecer. En ese trance, parecí perderme por un par de minutos. Una lágrima fugitiva, por sus mejillas, me trajo de regreso, al tocar mi pecho.

- Van a matarme, Roberto- confesó en un tono casi inaudible.

- ¿Cuánto debes?- respondí besando su frente. Ella levantó su cabeza y me dio la espalda.

- Un millón- dejó escapar, secamente, antes de romper en llanto.

Curioso. ¿Qué evento increíble había ocurrido en los últimos meses, que era capaz de poner, a una mujer como Agustina, de rodillas?. Algo terrible la había cambiado para siempre. Más allá de mi capacidad de sorpresa, y abiertamente asustado por el curso impensado de los acontecimientos, hablé sin pensar lo que decía.

- ¿Cuánto tiempo tienes?.

- Hasta el Viernes- y se volvió hacia mí, con sus ojos brillantes componiendo una mirada perdida, ausente.

- Faltan aún tres días, Agustina. Nadie va a matarte. Ahora debes confiar en mí- y repito, en mi favor, que hablaba sin saber lo que decía. Intenté tranquilizarla con un abrazo. Me recosté junto a ella, esperé a que se durmiera.

No recuerdo, exactamente, en qué pensaba luego de eso, salvo que podía ver su rostro, apacible, dormido, y ya no importaba nada más. Tal vez era ese masoquismo insolente, que me acosa, incansable. O tal vez que, en el fondo de mi oscuro corazón, ya no era posible concebir defensa alguna, contra la mujer que reposaba sobre mi pecho.

El desayuno aclaró mis dudas sobre el origen de la deuda de Agustina. Se resumía, básicamente, a que engañó a quien no debía. Pero como si esto fuera poco, intentó pagar su deuda jugando a las cartas, y perdió lo que le quedaba. Robó un poco más, para seguir jugando. Cuando hubo ganado algo, volvió a perderlo todo.

Su extraña compulsión por el juego, y su deliciosa capacidad de meterse en problemas, me hizo añorar mis días más oscuros. Aquellos eran días de aventura, de incertidumbre, de vida. Aquellos eran parte de mi pasado, y en este presente, ya no había lugar para ellos.

Y, a pesar de lo lejano que esos días habían quedado, y, a pesar también, de lo alejado de problemas que había estado por tanto tiempo, curiosamente, me veía impelido a solucionar el problema de Agustina. Supongo que, lo que realmente quería, era que me necesitara, que le resultara indispensable. En fin, quería que dejara de huir, como yo lo había hecho, quería que se quedara conmigo.

Pensé en que había mucho dinero, dando vueltas por ahí, y solo necesitaba un poco de mi habilidad para echarle mis manos encima. Pero, ahora que lo pienso, un millón era bastante, demasiado como para que la faena requiriese solo de mi habilidad.

Aquella mañana, mientras Agustina se daba una ducha, abrí mi caja fuerte y contemplé el fruto de mi trabajo. Casi siete meses de sudor y habilidad financiera, en forma de billetes de variada denominación.

Separé lo que le correspondía a Palacios, por los últimos juegos, y lo puse en un sobre. Ordené los billetes en fajos de diez. El monto alcanzaba los cuatrocientos setenta y cinco mil. Casi la mitad de lo que necesitaba Agustina. Desde mi cuarto, tomé la valija metálica, un regalo del intachable Cristóbal Herrera, y puse allí todo cuanto tenía, esperanzas incluidas.

Entré al baño y le pedí a Agustina que se quedara. Tomé del armario el mejor traje que tenía, y me lo puse. Con la valija llena, salí rumbo a la casa de Joaquín Palacios.

El taxi al que me subí, parecía estar atrapado, constantemente, tras una cortina de humo. O tal vez, el mundo entero se había empañado esa mañana, mientras yo intentaba despegarme de Agustina.

De cualquier forma, con el humo alrededor, o con el mundo empañado, el

viaje montado en ese taxi, acabó por despertarme.

Los sucios edificios del viejo puerto, afortunadamente, se ocultaron a mis ojos. Y una vez que se detuvo el carro, y el humo cesó (o el mundo se desempañó), y me vi frente a la vieja casona de Palacios, enclavada en la mitad de la nada, lo supe. Supe, a carta cabal, que mi camino estaba irreparablemente dañado, a un paso de la destrucción definitiva.

Atravesé los interminables jardines traseros, pocos minutos antes del mediodía. Joaquín leía el periódico en una mesita de cristal, junto a su alberca.

- ¿Madrugando, Galland?- indicó Palacios, inmóvil tras su periódico.

Antes de que pudiera decir nada, saqué, del bolsillo de mi chaqueta, el sobre con dinero que había apartado, y lo puse sobre la mesa.

- Ochenta grandes, Joaquín- anuncié mientras encendía un cigarrillo.

- ¿Perdiste el último, socio?- cuestionó Palacios, por sobre sus anteojos oscuros.

- Invertí en futuras invitaciones- corregí a mi interlocutor, mientras me sentaba frente a él.

Dejó el periódico sobre la mesa, y se sacó sus gafas oscuras, con gesto seco, casi electrónico. Las limpió delicadamente.

- En adelante, tú ganas las partidas, y yo me encargo de las Relaciones Públicas- indicó, soberbio, mientras encajaba, otra vez, los anteojos en su enorme cabeza.

Levanté la valija metálica y la puse sobre la mesa de cristal, haciendo a un lado las tazas y platillos del desayuno.

- Necesito que me guardes éste dinero, en tu caja fuerte.

- ¿Sucede algo malo con la tuya?- inquirió Joaquín, adelantando su cuerpo a la mesa de cristal. Parecía que seguiría hablando, pero no lo esperé.

- No, Palacios, solo pienso que estaría más seguro acá. ¿Puedes hacerlo, socio?- y apagué mi cigarrillo sin terminarlo, al momento en que Joaquín Palacios se ponía de pie.

Entramos en la casa, por la puerta trasera, y nos encaminamos al estudio. Sin embargo, al momento de atravesar el dintel de aquella puerta, una extraña sensación me invadió de pronto. Aquella misma sensación que me atacó al ver a Agustina, otra vez en el bar. La misma sensación que obtuve al descender del taxi empañado, hacía un rato. La sensación, la certidumbre, que mi vida se había ido, de una vez por todas al carajo.

No había dado tres pasos, dentro de esa casa infernal, cuando llegaron hasta mí los gritos lastimosos de un hombre, probablemente intentando repactar su deuda con el más irreflexivo de los hermanos Palacios. Al pasar rumbo al estudio, pude verlo todo. El hombre, un tipo delgado, de unos cincuenta años, que vestía traje y sombrero cafés, era tomado violentamente del cuello por el matón.

Joaquín se detuvo frente a mí, para admirar la fuerza y la labor de su hermano, en el umbral de la sala de estar.

Mientras era salvajemente estrangulado, el hombre echó mano del revólver de su atacante, y le propinó tres tiros en el pecho. El enorme hermano menor de la familia Palacios, se desplomó, cuan largo era, sobre la mesita de centro.

Pero, la historia no terminó allí. Al ver lo sucedido, en una fracción de segundos, Joaquín Palacios desenfundó su brillante Beretta, y le disparó, por la espalda, al jadeante asesino de su hermano. La bala fue a dar a su hombro derecho.

El pálido tipo volteó y disparó una vez más, ésta vez contra el propio Joaquín, sin conseguir darle. La bala perdida pasó entre mi jefe y yo, y produjo un singular agujero en la muralla a mi izquierda.

En respuesta, Joaquín le vació el cargador de su Beretta en el pecho.

Aún no se disipaba el penetrante olor a pólvora, cuando dejé la valija en el suelo y me adelanté hasta el hombre, que, boca arriba, aún sostenía el revólver en su derecha. Palacios me miraba inmóvil, como exigiendo mis alabanzas por su asesinato. Luego hizo el ademán de guardar su arma, y se despreocupó de mí.

Se ocupó de su arma, y no de la de su oponente. No estaba poniendo atención, y no vio como yo, sosteniendo la mano del cadáver, le di un certero balazo en la frente. Acto seguido, disparé una segunda vez, hacia

el techo de aquella salita de estar.

Saqué mi pañuelo y lo pasé suavemente sobre la mano del tipo.

Me levanté, tomé mi valija y avancé, sin demora, hasta el estudio. Siempre con el pañuelo en la mano, abrí, sin ninguna complicación, la caja fuerte de los difuntos hermanos Palacios. Finalmente, el ejercicio persistente y disciplinado, de mi memoria visual, a través de las cartas, daba frutos.

Sin contar cuanto tomaba de la caja y ponía en mi valija, solo me preocupé de no sacarlo todo. Cuando mi valija estuvo llena, cerré la caja y giré el mecanismo varias veces. Volví a pasar mi pañuelo por todo cuanto había tocado, aún cuando estaba seguro de no haber marcado nada.

Me volví hacia la sala de estar, eché una última mirada al cuerpo de Palacios. En su mano izquierda aún sostenía el sobre con los ochenta mil, que yo le había entregado.

Los tomé, y salí por la puerta trasera, pasando el seguro a la manilla, por dentro, antes de cerrarla. Eran cerca de las dos de la tarde cuando salí de la vieja casona de los Palacios, enclavada en la mitad de la nada. No había nadie en la calle. A lo lejos se podía oír, tímidas en su distancia, las sirenas policiales, con sus luces y su fiesta.

Caminé cerca de veinte cuadras, y tomé un taxi.

- ¿Dónde va, Señor?- preguntó, después de unos segundos, el chofer. Fue en ese momento, cuando me di cuenta de la completa frialdad de mi acto. Solo entonces, comencé a sudar.

- Al Ritz, por favor- contesté casi sin voz, casi sin alma, justo al tiempo, en que mi taxi se cruzaba con las bulliciosas patrullas de la policía, con sus luces y su fiesta.

Del Hotel Ritz, tomé un segundo taxi, del que descendí a pocas cuadras de mi departamento. Entré al café de la esquina, y pedí un expresso.

Pasada una hora, llamé a Agustina a mi departamento, y ella fue a mi encuentro.

Recuerdo que al momento de sentarme en esa mesa, decidí dejar de fumar. No sé bien a título de qué. El punto es que me arrepentí, solo unos

instantes después.

- Estoy perdiendo la razón. O ya la he perdido del todo. Estoy hablando de dejar de fumar, cuando ese es el menos perverso de todos mis vicios- pensé en voz alta, y la camarera se quedó inmóvil frente a mí, con la jarra de café en la mano.

La camarera estaba confundida, pero yo tenía razón, el fumar era el menos perverso de todos mis vicios. Al menos hasta ese momento.

# Capítulo 10

**Ocho.**

Leonel Esteban Vallarta Urenda. 55 años, casado, tres hijos.

Hace algunos años, prominente abogado capitalino, especialista en derecho tributario. Desfalcaba periódicamente a la firma en la que trabajaba, eso hasta que lo descubrieron. Desde entonces, y hasta la fecha de su muerte, sin reputación, sin salida, escondido de la poderosa mafia jurídica capitalina, se había convertido en un fantasma de mal vivir, alimentando a su familia con el trabajo sucio de los hermanos Palacios. Ni sus estudios, ni su talento criminal, ni su conocimiento exiguo de los resquicios legales, le prepararon para determinar cómo detener una ráfaga de Beretta en el pecho.

Según los peritos policiales, el "Chico" Vallarta, como era conocido en los bajos fondos, resultó ser el hombre que mató a Benjamín y a Joaquín Palacios, el fin de semana que recién había terminado.

Los tres, fueron encontrados muertos en la residencia de los hermanos Palacios, en una confusa balacera, que la policía catalogó como "ajuste de cuentas" entre mafiosos.

Por tres días, era todo de lo que se hablaba en los noticiarios locales.

En mi departamento, se hablaba de los cuatro millones en billetes que llenaban mi caja fuerte.

En buenas cuentas, Palacios finalmente tuvo lo que se merecía. Y Agustina tendría lo que necesitaba para ser libre, otra vez. O al menos era lo que pensaba. Ya no estoy tan seguro de nada de ello.

El cuarto día amanecía, cubierto por nubes oscuras, y Agustina ya estaba en la ducha. Me levanté y abrí la caja fuerte, y comencé a pasar los billetes al maletín metálico. Antes de contar novecientos mil, sentí que el agua dejaba de correr en el baño, me apresuré a la habitación y abrí uno de los gabinetes. Para cuando ella salió del baño, envuelta en su toalla rosa, yo la esperaba, sosteniendo en la mano, la blusa de seda que ella me había dejado en calidad de "pagaré" en aquel juego del Casino. Su mirada, fija en la prenda, indicaba lo desorientada que estaba, después de

recibir mi regalo.

- Con el gentil auspicio de la Lavandería del Hotel Ritz, cariño- le dije mientras entraba al baño. Justo antes de cerrar la puerta, sentí su risa en la habitación, anunciando que había comprendido el origen de su "nueva" blusa.

- Es una lástima. La mancha le venía realmente bien- alcancé a escuchar, antes de girar la manija del agua caliente. Repasé cuidadosamente el plan. El tiempo de Agustina se había terminado, y su vida, ahora, dependía de mi capacidad de negociar.

No creo haber estado más de diez minutos en el baño. Para cuando salí, Agustina, y los cuatro millones con ella, habían desaparecido. Me senté en la cama, y eché a reír como un imbécil. Una nota de ella, en la mesita de noche, prometía no involucrarme más en sus problemas, aseguraba que nunca volvería a molestarme.

Como si eso, realmente, cambiara las cosas. La nota era lo de menos. Su huída era lo de menos. Con su desaparición moría lo último de razón que me quedaba. Lo que importaba, ahora, era recuperar mi dinero.

Agustina podía ser la ladrona más sutil e implacable que había conocido en todos mis años de delincuencia, pero no era tan buena actriz como ella creía. Su miedo era real, sus lágrimas tibias eran reales. Me había robado, pero estaba seguro que intentaría cancelar su deuda, antes de huir con el resto del botín. Podía ser desalmada y peligrosa, me podía robar con la misma sonrisa y el mismo éxtasis con que me hacía el amor, pero no estaba loca. Estaba seguro que ella quería vivir lo suficiente para gastar mi dinero.

Muchas horas después, abría el fondo falso de mi caja fuerte y retiraba una cajita forrada en terciopelo azul, que contenía el collar de perlas de Agustina, junto con los treinta mil del fondo de emergencias. De todas las soluciones a las que podía llegar, la más insana y violenta consistía de dos diligencias. La primera era visitar, después de muchos años, a mi viejo amigo de la infancia, Alejandro Olarra.

Jano Olarra, fue, desde que tengo uso de razón, un abusador y un matón. Pero, agrego en su favor, que era el más persistente abusador y el más fiero matón que he conocido en toda mi vida, aún desde esos prematuros tiempos. Afortunadamente, nos conocíamos desde la lactancia, y vivíamos en el mismo edificio, por lo que, con la misma habilidad, era mi socio y mi guardaespaldas, cada vez que yo estafaba a los otros niños del barrio.

Su ocupación actual, no se distanciaba mucho de la que realizaba cuando sólo éramos un par de delincuentes infantiles, aprendiendo a timar a todos los demás y a machucar a los deudores y a los chicos listos.

La diferencia radicaba en el nivel de sofisticación que había alcanzado en su trabajo. El Jano trabajaba, por aquellos días oscuros, en el rubro de la 'limpieza'. Con esto quiero decir, que era un asesino a sueldo. Y uno muy bueno, por cierto, considerando lo que ganaba por cada "trabajito".

- ¡Maldito infeliz, hijo de puta!- gritó Jano Olarra en cuanto me vio, y avanzó hacia mí, dándome un fuerte abrazo. Su departamento estaba lleno de los más bizarros especímenes de la farándula criolla. Resultaba curioso, puesto que, a mis ojos, era gente conocida, y, a la vez, extraña. Jano Olarra estaba en medio de su fiesta de compromiso, junto a su novia María Josefina Joules, notoria profesional de las comunicaciones. El Jano se iba a casar, dentro de dos meses, con la mujer de las noticias, y podría apostar (casi lo hice), a que su novia no tenía, por esos entonces, la más mínima idea de la verdadera ocupación de su prometido.

Dada la importancia de la novia en el mundo de la farándula nacional, la fiesta era por todo lo alto. Una nutrida barra de licores, un producido y desproporcionado banquete, celebridades locales ebrias en situaciones de infidelidad de esas que uno sólo lee en la prensa amarillista. Directores, productores y periodistas de todos los medios, disfrutando (o explotando, más bien) la gratuidad de los anfitriones, y fingiendo que no han visto nada fuera de lo común. Senadores, diputados, ministros y políticos de todos los bandos en notorio abandono de deberes. Drogas de distinto calibre. En fin, todos los componentes de una fiesta privada, del mundo de los espectáculos, en el barrio alto.

Pero yo no era del espectáculo, ni del barrio alto, ni estaba de humor para fiestecitas privadas. Necesitaba la ayuda de Jano Olarra, un profesional del desastre, de la hecatombe, de la muerte.

Caminamos escaleras abajo, hasta el departamento inmediatamente inferior al de la fiesta. Allí, Alejandro Olarra, llevaba a cabo la otra mitad de su vida, la mitad secreta, la mitad verdadera.

- ¿De cuánto estamos hablando, realmente, hermanito?- preguntaba Olarra, mientras cerraba la puerta de su estudio.

- Por lo menos cuatro millones, Jano. Pero presiento que hay mucho más en juego. Si la sacamos con el pellejo entero, nos vamos mitad y mitad.

Cerramos el trato con un abrazo, estrecho, fraterno. Después de todo, Alejandro Olarra era lo más parecido a un familiar que me quedaba en este mundo. Ese pensamiento alargó imperceptible, pero eternamente, el momento. Solo por eso, saqué de mi bolsillo derecho el collar de perlas de Agustina, y se lo entregué a mi viejo amigo Jano.

- Un bono extra, hermano. Atiende a tu futura esposa como se merece. Les deseo lo mejor.

Repetimos el abrazo, y abandoné su despacho rumbo a la segunda diligencia que debía realizar, en la joyería del viejo Marconni.

Faltaban unos veinticinco minutos para las nueve de la noche. Y la Joyería Palace ya había cerrado sus puertas oficialmente. Una vez más, para quien sabe dónde llamar, Marconni estaba dispuesto a negociar.

- ¿Para vender o para comprar, campeón?- preguntó el joyero, mirando sobre sus gruesos anteojos.

- Para comprar, Marconni. Necesito algunos artículos sin numeración- respondí levantando una ceja.

- ¿Polvos, hierbas, carne cruda?.

- Metales, Marconni, de los que hacen hoyos- intervine sin dejarlo terminar. Se levantó de su asiento, y me pidió que lo siguiera. Cruzamos un pequeño pasillo que llevaba al fondo de la trastienda.

- Glöck 17C, calibre 9 milímetros. Armazón de polímeros, prácticamente indestructible. Acabado mate antirreflejo. Cañón con estrías hexagonales, sistema safe-action de triple seguro para el gatillo. Seiscientos veinte gramos para la pistola más moderna que existe. Máxima precisión, única en su categoría- y sabía de lo que hablaba, o se había aprendido el folleto de memoria. Sostenía en una mano la magnífica pistola, y en la otra un cargador vacío.

Los puso sobre la mesa, junto a una caja de municiones 9 milímetros.

- Estaba pensando en algo un poco más radical, Marconni- respondí tomando el cargador de la Glöck con mi derecha. Se agachó y abrió un

baúl bajo la mesa.

- Escopeta de asalto Maverick Colt, 12 tiros. Fabricación americana. Cañón recortado, trabajo artesanal local. Esta belleza transforma seres vivientes en agujeros caminantes. Nada sutil, pero si bastante efectiva- se adelantó el viejo, sosteniendo el famoso shotgun con ambas manos. Asentí sin mucha convicción. Lo dejó en la mesa y volvió a agacharse. Llené el cargador de la Glöck, y lo admiré por unos segundos. Cuando Marconni se incorporó, sostenía una Uzi en cada mano, apuntándome.

- Subfusiles artesanales tipo Uzi, muy popular entre los jóvenes. Obras de arte, debo decir, aunque no me gusta presumir. Realizadas sobre los diagramas Israelíes originales de Uziel Gal. Calibre 9 milímetros y una cadencia mejorada de 620 disparos por minuto. No vas a encontrar más rápidas que estas. Estoy seguro que este par puede partir gente por la mitad- los ojos delirantes del artesano parecían salirse de sus cuencas. Sudaba. Cargué la Glöck y retiré los seguros. Volví a dejarla en la mesa, pero mantuve mi mano apoyada sobre el arma.

Una vez más, el viejo joyero se puso a registrar su mercancía.

Levanté otra vez el arma. Puse la mano izquierda sobre la cacha de la pistola y pasé la primera bala a la cámara, con el sonido inconfundible de un disparo latente. Marconni paró en seco. Para cuando se dio cuenta de mis intenciones, ya era demasiado tarde.

- Puedo hacerte un buen precio – dijo, algo agitado y sudoroso- No es necesario que hagas esto.

Pero todo estaba ya decidido, no habrían testigos.

Aquella era mi renuncia definitiva a una vida normal. Mi paso final hacia la locura.

# Capítulo 11

**Nueve.**

Pasada la medianoche, el Lexus negro de Jano Olarra se detuvo frente a mi departamento. Era una cálida noche primaveral, pero soplaba una brisa fresca que agradecía de buen grado, considerando la gruesa gabardina que usaba para ocultar las armas.

No había cerrado aún la puerta del auto y Jano me miraba con ojos encendidos, entre inquisidores y trasnochados.

-¿No se me estará echando pa'trás ahora, compadre? – preguntó arrastrando la voz, y levantando la ceja derecha. Me dio un par de golpecitos en la pierna y echó a reír. Aceleró a fondo, haciendo chirriar los neumáticos en el asfalto.

- Aunque así fuera, tú no me lo permitirías – cotejé con mi viejo amigo.

- No, no a estas alturas, compadre – y encendió la radio del vehículo.

Del camino, no recuerdo mucho. Recuerdo el sudor. Recuerdo mis manos frías siendo sacudidas por fuerzas espectrales. Recuerdo la sensación de vacío bajo mis pies, las nauseas interminables, la ansiedad. No, del camino, no recuerdo nada.

Hicimos una parada corta. Jano se bajó del auto, y entró por breves instantes a un bar en una concurrida calle porteña. Volvió sonriendo.

- Nunca olvides tener un plan B – dijo, dando palmaditas en mi hombro, y encendiendo el carro.

Jano manejaba como asistido por un espíritu maligno, dueño y señor de las calles, y parecía decidido a eliminar a cualquiera que aminorara su marcha. No había duda, Jano estaba listo para matar. Yo no. Aún no.

Todas mis aprehensiones se disiparon al detenerse el auto, cuando un problema de orden superior golpeó mi memoria, separándola en dudas y certezas. Olarra juntó sus manos, y acercó su rostro al volante. Estaba rezando. Aporté con mi silencio, mientras ponderaba la ironía de las circunstancias. ¿Por quién oraba Olarra? ¿Era por su salvación, reconociendo el mal intrínseco de su oficio? ¿Oraba por su futura esposa,

o por las almas de aquellos que estaban a punto de morir?

No me sorprendió lo contradictorio del cuadro. He leído que la cercanía perpetua con la muerte, hace de los sicarios hombres muy religiosos. Lo confuso era encontrar, en mi amigo Jano, un creyente en la agonía del saberse pecador. Una especie de handicap en su desempeño.

La oración de Jano me tranquilizó un tanto, y alejó mi mente de la ansiedad y el arrepentimiento. Además, pensé, que un poco de ayuda divina no vendría nada mal.

Repasamos el plan, una vez más. Cargamos las armas, ajustamos los chalecos antibalas, y nos dimos la mano a la usanza de nuestra niñez, en un gesto de hermandad que trascendía los años y las distancias.

Un edificio como tantos otros que hay en el sucio puerto, con sus puertas de madera centenaria, selladas como por el tiempo mismo. Luego, bronces lustrosos y gastados por manos de desconocidos, criminales y gentes de bien, por vivos y difuntos perdidos en la memoria de estas calles. Luz tenue, lúgubre, de faroles con pantallas forradas en hollín cotidiano. El escenario, la ciudad entera, se confabulaba para generar el ambiente propicio para aquellos que escancian la muerte. Nosotros mismos.

Al poner mis pies sobre el pavimento, un río de electricidad subió por mis piernas. Temblaba desde dentro, desde la médula. Encendí un cigarro, solo para centrar mi atención en algo distinto al mango del revólver que se enterraba en mi cintura.

Caminamos, codo a codo, unos veinte pasos. Parecieron veinte horas. Jano me detuvo, con el cañón silenciado de su Glöck, justo cuando me disponía a franquear la puerta. Lo miré confundido, sus ojos estaban cerrados. Pensé que estaba rezando, una vez más. Pero esta vez era más práctico, más mundano, más Jano Olarra.

- No hay tiempo para una vuelta de prueba, hermanito – susurró, sin abrir los ojos – así es que pon mucha atención: que el brazo con el que dispares siempre esté absolutamente estirado, que tus ojos sean uno con el cañón; apunta al pecho, no esperes a que el blanco se mueva; no jales del gatillo, estrújalo suavemente, como un envase de ketchup; dispara tres veces a cada blanco; resiste las ganas de correr, no importa cuánto, tu cuerpo, te lo pida; ten siempre lista una recarga u otra arma, quédate quieto mientras disparas; deja pasar las balas, no te pongas delante de ellas; si quieres salir vivo de esto, nunca me pierdas de vista y sigue al pie

de la letra todas mis instrucciones.

- ¿Algo más? – pregunté al tiempo en que intentaba memorizar su cátedra. Me miró fijamente y guiñó un ojo.

- Sonríe, vas a ser millonario.

Golpeé la madera centenaria tres veces. Una puerta se cerró a lo lejos. Pasos reverberantes llegaban desde el interior. Se acercaban a la puerta.

- Pasillo corto, escaleras hasta el segundo piso. Vienen dos, grandes. No hagas nada hasta que abra la puerta. Al entrar, pégate a la muralla, agáchate y apunta alto.- instruyó secamente Olarra.

Sacó otra pistola y apoyó los cañones en la puerta y cerró los ojos, una vez más. Apuntaba como si pudiera ver a través de la madera.

Sonó un cerrojo y reaccioné empuñando la Mágnum que tenía entre camisa y pantalón. La apreté como si en ello se me fuera la vida. La puerta apenas se despegaba, cuando Olarra abrió fuego a través de ella. Dos cuerpos cayeron en cámara lenta, detrás de la madera astillada, al momento en que mi compañero empujaba una de las hojas del viejo portalón con el codo izquierdo, y apuntaba a los cuerpos en el suelo con la Glöck en la derecha.

Intenté abrir el otro lado, pero un cuerpo agónico me lo impidió. Ingresé por la otra hoja, pasando detrás de Jano, que apuntaba implacable, con ambas manos, hacia el segundo piso.

Me ubiqué a su lado, apuntando con el brazo derecho absolutamente estirado. El pasillo, frente a nosotros, apenas podía contener los cuerpos de los matones muertos. Comenzamos a subir, muy lentamente.

- Tú, hacia atrás – señaló Olarra, sacudiendo su cabeza.

Entendí de inmediato. Mientras él apuntaba hacia el fin de la escalera, yo tenía que apuntar hacia la balaustrada en torno a la caja de escala. En cualquier momento quedaríamos expuestos bajo esa balaustrada, y ahí nos estarían esperando.

Nos detuvimos un par de segundos, justo antes de perder la cubierta.

- ¿Listo, hermanito? – preguntó mirando hacia arriba.

- No – respondí automáticamente.

- Bien, así me gusta.

Corrimos escalera arriba, esos últimos tres metros. La balacera comenzó con una fracción de segundo de retardo, fracción suficiente para hacer la diferencia. Un infierno ensordecedor llenó el piso con las descargas. Me pegué a la muralla, mientras Olarra, se refugió en el dintel de una puerta a la derecha de la escala. Disparaba de manera frenética, pero certera. Primero con las Glöck, luego con un par de Mágnum, finalmente con el shotgun Colt.

Al descargar mi Mágnum, la volví a poner en mi cintura, y descolgué de mi espalda una de las subametralladoras de Marconni. Disparé a todo lo que se movía, contrario a las instrucciones, muchísimo más de tres veces. El poder del arma artesanal del difunto joyero era asombroso.

Al despejar el pasillo, hicimos el primer avance hasta el dintel de la recámara principal, bajo fuego pesado. La última puerta a la izquierda. Al final del pasillo, una ventana que daba a la bahía. Jano cruzó de un salto hasta el otro lado, su silueta se recortó contra las luces del dique.

Las balas pasaban a mi lado, como luciérnagas suicidas, estrellándose con la pared de enfrente.

- Fuego de Kalashnikov – balbuceó Olarra, al otro lado de la puerta. Lo miré sin responderle – un AK-47. Un ruso negro muy potente y muy preciso, que no queremos tener enfrente.

La sirena de un vehículo de emergencia indeterminado, se escuchó en la lejanía. Olarra, abrazado a su escopeta, golpeaba su espalda contra la muralla. Asomaba el cañón por el dintel e, inmediatamente, éste vomitaba sus descargas de metralla. Luego, silencio.

Olarra se acercó a la ventana, al final del pasillo, y me indicó con la cabeza, que me quedara donde estaba.

Asomando solo el arma, vacié el cargador de la Uzi hacia el interior de la habitación, mientras Olarra hacía pedazos la ventana, con el cañón del shotgun. Cargué, nuevamente el arma, y Olarra, parado en el marco de la ventana, me extendió la mano.

Las luciérnagas realizaron un ataque suicida más, cuando la subametralladora cruzó volando por el dintel de la puerta, hasta las manos de mi compañero, que se perdía, ahora, a través de la ventana,

rodeando la casona por fuera.

Cinco disparos más, con mi Mágnum, hacia el interior de la habitación, reanudando la pesada carga de ametralladora. Los perros, en las calles, intentaban igualar el barullo, con sus ladridos. Era difícil, a ratos. El piso de madera crujía tan fuerte como un disparo, aliándose a mí, y avisándome de la presencia de enemigos a mi espalda. Tres cayeron, en ese rato de espera, traicionados por su piso. Dos más, luego, delatados por una puerta que colgaba de un solo gozne.

Era la guerra. Al menos para mí se revelaba, explícitamente, en imágenes sepia, deterioradas y borrosas. Al entrar en esa casa, al empuñar la mágnum, comencé a visitar otro tiempo. En este tiempo, no era yo, sino un personaje empujado al combate. Un recluta adolescente, sobrepasado por las circunstancias, simplemente siguiendo órdenes.

Era la guerra. El único lugar en que el primero en morir, pierde. El único tiempo en que matar, te hace un héroe.

Cada tanto, hacía un par de disparos al interior, esperando que, tarde o temprano, el atacante se quedara sin munición. Pasaron cerca de 3 minutos, y un estruendo de vidrios y disparos rompió el ciclo de escaramuzas. Un breve silencio, y entré sin importar el resultado. Jano estaba parado sobre un escritorio, y su rostro sangraba por gotas diminutas, hijas del vidrio astillado. Tres hombres estaban en el suelo. Una puerta más a la izquierda.

Otra sirena sonó aún más cerca. Jano sacó del bolsillo interior de su chaqueta, un pequeño interruptor negro. Estiró una antena en el aparato, y dijo arrastrando la voz, visiblemente cansado:

- Plan B, hermanito, nunca olvides tener un plan B.- y presionó el botón del aparato.

Por la demolida ventana, atrás de Olarra, pude ver, lejos en las calles porteñas, una columna de fuego y humo, que se levantaba, violenta y creciente, por el cielo. El farol, en medio de la sala, bailó por unos segundos. Una explosión para cubrir nuestra operación. Cerré los ojos, horrorizado.

- No pienses en eso, Roberto, no es tan grande como parece - y cargó las Glöck, con la velocidad del párpado – ahora, recta final, última puerta. Disparamos, tomamos el dinero y nos largamos tan rápido como llegamos, ¿OK?

- OK – respondí mirando al suelo.

Tratando de "no pensar en eso", cargué por última vez la mágnum, bala por bala. Sudaba por litros, por cada poro, como torrente se me escapaba el alma. Las sirenas que, a lo lejos asistían a la masacre del bar en llamas, no ayudaban en nada.

La última parte, la importante, es la más borrosa en mi memoria. Pero es la más real, es la única de la que estoy absolutamente cierto. Es cierta, porque me atormenta como ningún otro recuerdo, como miles de muertes, todas al mismo tiempo. Es el recuerdo de mi final, es la última trompeta, la apertura del último de los sellos. Aún si en mi mente todo este relato no fuera más que una fantasía, el cierre de aquel amanecer funesto es tan real como estos pasillos que contienen la ira descomunal de los locos.

Es real, porque cuando Olarra abrió la puerta de una patada, enarbolando los metales asesinos de sus Glöck, ya despojadas definitivamente de los silenciadores, tres balas cruzaron rompiendo la barrera invisible del dintel hacia nosotros. Recibí, impávido, las tres. Dos se encajaron en el chaleco, la otra me atravesó el brazo izquierdo.

Quedé paralizado, allí junto al dintel, un poco por la sorpresa, y, en mayor porcentaje, por el dolor ardiente de la herida. Apoyado ligeramente en el umbral, fui testigo del ingreso de Olarra hasta el centro de la habitación, abriendo fuego como si en ello se le fuera la vida. Acribilló, sin miramientos a un hombre alto y rubio, agazapado detrás de un sillón.

Y justo en el segundo en que la cabeza del cadáver se azotaba contra el suelo, a mi derecha, por la rendija de la puerta abierta, entre bisagra y bisagra, entre puerta y dintel, pude ver una silueta indefinida apuntando temblorosamente un revolver a la espalda descubierta de Olarra.

Sin pensarlo dos veces, apoyé el cañón de la mágnum en la rendija, y, académicamente, disparé tres veces, con el brazo absolutamente extendido, contra el pecho del atacante en las sombras. Olarra giró automáticamente, y exhaló fuerte, apuntándome con las Glöck. Me dio una mirada agradecida y corrió en busca del dinero.

En el suelo, junto a la muralla del fondo, cuatro bolsos de tela gruesa, de aquellos que usan los transportistas de valores en las películas (pero sin el "signo pesos" pintado con verde en el exterior), nos daban una pista clara, de dónde comenzar a buscar.

Empujé lo que quedaba de puerta con la cacha de mi mágnum. Lo que quedaba de puerta cayó, con un estruendo espantoso. Pero no importó, el

mundo había callado por completo en la fracción de segundo en que bajé mis ojos al suelo, miré al atacante de las sombras, y entre astillas de madera y cantidades abominables de sangre, descubrí la sonrisa diabólica y la mirada infinita de mi amada Agustina.

# Capítulo 12

**Diez.**

En los relatos homéricos, frecuentemente se señalan, con pompa y romántico entusiasmo, quién fue el primero y el último en tomar, combatiendo, la vida de un enemigo. El poeta clásico, canta de la funesta guerra, "donde los hombres ganan la gloria y el honor", alabando las azagayas y mortíferas espadas de los combatientes.

Estruendo, metales chocando, gritos inhumanos, muerte. Luego el canto y la celebración.

Aquí, adentro, no había más que silencio.

Eso es lo más verdadero que recuerdo, de esos días infames. Aún cuando cada cosa tiene su sonido particular, en aquellos días, el mundo acompañó con su silencio, el dolor de la ausencia de Agustina. Quería robarle, recuperar lo que era mío, y ella era mía. No para matar, sino para amar y proteger. Le fallé. Caí en su juego, y perdí.

Dinero, que nunca quise contar, y que nunca usaré. Armas sin numeración, que Olarra se adjudicó inmediatamente, como respuesta a mi falta de interés. Drogas, de distinto calibre, que no tocamos ni miramos. Y muerte, administrada por locura traicionera, por celos y venganza. Eso es todo lo que encontramos en esa casona porteña.

Pasaron los días, y abrí, por primera y última vez, una cuenta corriente en un prestigioso banco nacional, y en casa dejé, permanentemente, la puerta de la caja fuerte abierta. Amplié la cocina, y pinté, yo mismo, las paredes del cuarto blancas. Compré y mandé poner cortinas en todo el departamento. Me trasformé en dueño de casa. A más de uno podría parecerle extraño, pero todos los días, bajo la camisa, usaba religiosamente, el collar de perlas de Agustina, que Olarra devolvió con un gesto vacuo. También lloraba a diario.

En los diarios, una operación conjunta, de Carabineros e Investigaciones, habrían desbaratado una red de narcotráfico que funcionaba en una vieja y patrimonial casona en el puerto. Prácticamente todos los implicados habían resultado muertos en la balacera.

Hoy en día imprimen cualquier basura. Hoy en día, nosotros compramos cualquier basura, y la creemos. Una herida en mi brazo, que tardaba

simplemente demasiado en sanar, me recordaba, minuto a minuto, de la falta de veracidad de los periódicos. Recorté cada noticia al respecto y las puse en la puerta del refrigerador. Ya no es gracioso como entonces.

Así es que, abogados y jueces, y sus expertos psiquiatras, me preguntan cada tanto cómo llegué hasta este lugar. Se me cuestiona cómo, luego de alcanzar una estabilidad económica importante, luego de realizar varias operaciones perfectas, y desaparecer con el botín sin dejar rastros, terminé observando pasar las estaciones, en estos pasillos llenos de tormento.

También se me pregunta por la verdadera identidad de Jano Olarra. Al parecer desapareció después de mi arresto. Ellos dicen que nunca existió. ¿Quién es Olarra? ¿Dónde está Olarra? Las preguntas no cesan. Olarra era mi amigo. Olarra me enseñó a matar sin remordimientos, pero nunca fui buen alumno.

Preguntas similares a las que me hizo Donoso, la noche de Año Nuevo, meses después de la matanza. Donoso, por aquellos días, era un tipo solitario y amargado, con un trabajo de mierda y una personalidad autodestructiva. Bastaba con verlo, desde una distancia prudente, para darte cuenta que era un hombre que caería muerto, en cualquier momento, y arrastraría a todo aquel que estuviera cerca.

Había pasado los últimos diez años de su vida persiguiendo fantasmas y monstruos. Y le pagaban por ello. Así que, básicamente, su institución se había encargado de empujarlo, lenta e inexorablemente, al borde de un precipicio infernal. Y fue allí donde nos encontramos.

- No existe tal cosa como "el crimen perfecto" – opinó, sabiamente, esa misma noche, en la azotea de mi edificio, mientras esperábamos la pirotecnia de rigor, en la bahía.

En todos los años que llevaba trabajando para Investigaciones, había solo un caso que no había logrado resolver. Era un cazador implacable, con una capacidad deductiva y un instinto admirables.

- Si no se descubre nada, siempre alguien termina confesándolo todo, siempre hay alguien que la pifia – rara vez miraba a los ojos cuando hablaba. Salvo, claro, cuando estaba interrogando, o intimidando, o ambas cosas - La culpa, amigo, la culpa es más poderosa que un montón de balas.

Y tenía razón. Esa noche terminé inculpándome por cada delito que había cometido desde que tengo uso de razón.

Si, esta es la parte de la historia donde aparece la justicia, complicándolo todo.

Donoso, dice que fue una casualidad, que alguna vez vivió en ese edificio, y esa noche habló con el portero para que le permitiera ver los fuegos artificiales desde la azotea. Yo creo que eso no es del todo cierto, creo que había ido por mí, desde el principio, al menos instintivamente.

Al borde de ese precipicio, apoyados contra la baranda, mirando al mar. Él bebiendo en silencio, yo confesando mis crímenes.

Lo curioso es que, de alguna manera, sabía que era detective. Bueno, una placa brillante en su cinturón, lo delataba. De todas formas hablé, y el escuchó.

Pasados los bastones, el estruendo, la sorpresa de los concurrentes, la cascada, los abrazos y el champán, Donoso extendió su mano, estrechó la mía, y se marchó rodeado de sus demonios y su silencio.

La mañana siguiente, cerca de las nueve, la puerta se abrió de golpe, y una turba de azul con armas en las manos, rodeó mi cama y me arrestó. Donoso me esperaba en un auto.

- ¿Así querías que fuera? ¿Con armas y escándalo? – preguntó mientras se ponía las gafas oscuras, y hacía una seña al chofer.

- ¿Había otro modo? – el auto partió rodeado de sirenas y fiesta.

- No, no para ti, amigo.

# Capítulo 13

**PARTE 2**

**por mi dolor.**

Según consta en el acta de defunción firmada por el Dr. Carrasco del Instituto Médico Legal, con fecha 26 de Agosto de 1990, Joaquín Palacios, soltero, 45 años, sin antecedentes, falleció cerca del mediodía, víctima de un disparo .45 en la frente, con salida de proyectil y pérdida de masa encefálica producto de la violenta descompresión craneana.

El protocolo de autopsia confirma el diagnóstico de Carrasco. Las diligencias en la escena del crimen, han llevado a esta Brigada de Homicidios a establecer que Vallarta Urenda le arrebató el arma homicida, revólver, .45, Smith & Wesson con números de serie borrados, a Benjamín Palacios, 42 años, viudo, dos hijos de paradero desconocido, con antecedentes por asalto con arma blanca, robo con violencia y cuasidelito de homicidio, al momento del crimen en libertad condicional, propinándole al mismo tres disparos a quemarropa.

Joaquín Palacios, habría abierto fuego, en ese momento, contra Vallarta Urenda, utilizando para ese fin, un arma semiautomática, .45, Beretta Stampede, con números de serie borrados. Vallarta Urenda presenta una herida de bala en el hombro izquierdo, con salida de proyectil, y otras 20

heridas de bala en el pecho y abdomen, 15 con salida de proyectil. El halo carbonoso de las heridas revela una distancia de unos dos metros y medio de su victimario. Al menos diez de las heridas frontales presentan trayectoria oblicua, lo que hace pensar que fue rematado en el suelo por parte de Joaquín Palacios.

Lo anterior no habría impedido que Vallarta Urenda realizara otros tres disparos, en el ínterin. El primero de pie, mientras era acribillado, impactando el muro a espaldas de Palacios, y los otros dos desde el suelo. El segundo disparo habría impactado la cabeza de Joaquín Palacios, ocasionándole una muerte instantánea. El tercer y último disparo, fue a dar en el cielo raso, justo sobre el lugar donde fue encontrado el cadáver de Vallarta Urenda. De acuerdo al informe del Dr. Carrasco, del Instituto Médico Legal. Leonel Esteban Vallarta Urenda, casado, 55 años, con antecedentes por fraude y evasión tributaria mayor, falleció víctima de una insuficiencia cardiaca, suma de las graves heridas sufridas y una precaria condición cardiovascular.

En el mismo informe consta que Benjamín Palacios, habría agonizado por espacio de tres horas, y la causa de su muerte ha sido registrada como anemia aguda, consecuencia de una profusa hemorragia por heridas de bala torácicas.

Los protocolos de autopsia de los tres occisos confirma la diagnosis de Carrasco, y son suficientes para ratificar la tesis planteada por esta Brigada de Homicidios, apoyada por los informes de Balística, en la que se sostiene que la muerte de los hermanos Joaquín y Benjamín Palacios, así como la de Leonel Vallarta Urenda, correspondería a una balacera producto de una discusión calificada como ajuste de cuentas.

# Capítulo 14

**El Archivo Quintana.**

La primera vez que escuché de Álvaro Quintana, estaba en mi último año en la Escuela de Investigaciones Policiales, completando mi tesis en Diagnosis de la Mente Criminal. Para entonces, según los académicos de la Escuela, ya se le atribuían más de cuarenta asesinatos.

En realidad, a Quintana se le achacaban todos los asesinatos sin resolver, que tenían algún indicio de profesionalismo en la faena, además de algunos que la autoridad quería encubrir. Cabe señalar que durante la década de los ochenta, no eran pocos los casos, de ambos tipos.

Después de graduarme, durante mi corta permanencia en la Brigada de Homicidios Metropolitana, en Santiago, tuve la oportunidad de acceder al "Archivo Quintana", un mamotreto de seis volúmenes, atiborrado de fotografías sanguinolentas, teorías fantásticas y fantasías absurdas. Mirándolo fríamente, no era más que un índice, un archivo de referencias cruzadas con todos los asesinatos sin resolver desde 1982.

Quintana era, luego, una mixtura mitológica, una construcción policial fantástica. Parecía, en algunos casos, un sangriento y caótico izquierdista subversivo. En otros, aparecía la brutalidad y el descaro orgulloso e infame de un militar de inteligencia. Quintana resultaba igualmente diestro con un lanza-cohetes que con un puñal. Se trataría de un tipo corpulento y feroz, capaz de sofocar con sus propias manos a un hombre de unos 120 kilogramos, y luego perder gran parte de su peso en menos de una semana, con el fin de ingresar en una bodega, por un estrecho ducto de aire acondicionado de unos 45 centímetros de ancho. Un ente fantástico, capaz de matar por inmersión en agua de mar, a un comerciante en medio del desierto. Todo esto sumado a una increíble velocidad que le permitiría asesinar a una mujer en Valparaíso, y 15 minutos después, a un carpintero en La Serena. Una quimera inconsistente, que, en todos los casos (exactamente 68, hacia enero de 1990), dejaba un solo elemento común: la ausencia total de pistas sobre el autor.

En Homicidios, se bromeaba habitualmente, con la posibilidad de que, un pobre diablo llamado Álvaro Quintana, cometiera un delito, fuera capturado y resultara inculpado por todos y cada uno de los asesinatos archivados. En resumen, la única prueba sustancial contra Quintana, era, precisamente, la ausencia de pruebas. Lo que no era del todo relevante,

puesto que Quintana, en realidad, no podía existir.

El nombre Álvaro Quintana era un misterio. Nadie sabe, con exactitud, de dónde provenía. En la Escuela se rumoreaba que aquel era el nombre de un compañero de promoción de un miembro de la Junta, con el que siempre existió una rivalidad insana, y que desapareció sin dejar huella después del Golpe. Era improbable, pero igualmente inquietante.

En Homicidios, el entonces Inspector Julio César Contreras aseguraba que se trataba del nombre de un mirista entrenado en Cuba, que desapareció del mapa al volver a Chile en el 79, dejando a todas las agencias de inteligencia, que lo esperaban, con la boca abierta. Contreras siempre tenía un mirista para inculpar en cada caso complicado. Incluso cuando el cadáver era el de un mirista, solía justificarlo diciendo que los "marxistas son intrínsecamente traidores".

El inspector estaba consumido por su ira contra los marxistas, a tal punto que hacía absolutamente ineficiente su trabajo, empecinado en meterlos a todos presos por crímenes inexistentes. Se comenta que se divirtió bastante después del 73, torturando y tirando cuerpos al mar. Por aquellos días estaba con la Inteligencia Naval, haciendo parte importante del trabajo sucio de la Junta. Si el archivo Quintana considerara la década de los setenta, estoy seguro que gran parte de los trabajos de Contreras estarían incluidos. Cuando ya casi no quedaban enemigos que quebrantar, tuvieron que trasladarlo a un "puesto seguro", donde pudiera ser vigilado. Habían pocos lugares donde Contreras pudiera ser útil, y dada su experticia en el área de la muerte, siendo honesto, creo que ubicarlo en Homicidios suena relativamente sensato.

El fantasma del marxismo siguió nublando el juicio de Contreras aún a finales de los ochenta. La ambigua posibilidad de la sola existencia de un personaje como Quintana, alimentaba sus fantasías torturadoras. Tengo la impresión que, para el Inspector, Quintana era un monstruo comunista, un demonio asesino que lo perseguía, en realidad, para cobrar venganza por sus compañeros caídos. Cuando Encalada y yo fuimos asignados a Homicidios, después de graduarnos, rescatamos siete casos archivados por Contreras, en el dossier de Quintana, que la Brigada resolvió en menos de cuatro meses. Tres correspondían claramente a suicidios, donde la escena había sido contaminada por quien encontró los cadáveres, o por una manipulación negligente de la evidencia, por parte del investigador. Los otros cuatro eran verdaderos rompecabezas, muy bien diseñados, con piezas intrincadas o ausentes. Pero nunca perfectos, nunca cometidos por

el legendario Quintana.

La corrección de estas faltas, no hizo más que legitimar la gestión de Contreras ante la Jefatura de la Zona Policial. Como Comisario, no lo hizo mucho mejor, pero seguía teniendo Detectives competentes bajo su manto, para enmendar sus errores. Para cuando Encalada y yo fuimos ascendidos, en el 89, a Inspectores, Contreras ya era Subprefecto en Rancagua.

Encalada siguió en la Metropolitana. Yo volví a la Segunda Zona, en cuanto se abrió una vacante en la Prefectura de Valparaíso. Pedí mi traslado y le propuse, la noche de Año Nuevo, matrimonio a Carolina. Ella aceptó, y allí comenzaron los problemas.

A mediados del 90, mientras llovía fastidiosamente, un microbús se incrustó ferozmente en el living de nuestra nueva casa, en el Cerro Concepción. Entró a unos 70 Km/h por el ventanal que daba a la calle. Era una hermosa y modesta casa esquina, regalo de los padres de Carolina. Yo estaba en el Cuartel, me avisaron por radio. Carolina estaba poniendo las cortinas nuevas en el ventanal. Murió instantáneamente. Nadie podría sobrevivir a un impacto así. Con ella, murieron el chofer y tres pasajeros del micro. Tardaron nueve horas en sacar los fierros retorcidos del living de la casa, para llegar al cuerpo frío de mi mujer.

Faltaban tres semanas para el matrimonio.

El Comisario Vega, me ordenó tomar un mes de licencia. Me tomé dos. Quise alejarme de Valparaíso, todo aquí me causaba dolor. Aún duele bastante. Volví a Santiago, y me refugié en la casa de Encalada. Aún estaba lejos de casarse, pero su relación con Susana estaba bien encaminada, así que, a ratos, me sentía aún peor. Me oculté bajo los archivos de la Metropolitana, a raíz de cierto caso menor, en el que Encalada consultó mi opinión.

En esos dos meses de cicatrización, dediqué mis esfuerzos a reclasificar el último tomo del Archivo Quintana. Los casos entre abril del 88 y enero del 90. No logré obtener pruebas concretas sobre ninguno de los 14 casos archivados, pero llegué a una conclusión abrumadora: Álvaro Quintana existía, estaba asesinando gente, y lo hacía por dinero.

Tal vez su nombre no era Álvaro Quintana, tal vez no era un mirista buscando venganza, pero de los 14 casos archivados en el último tomo del dossier, al menos 6 tenían el mismo modo de operar, y eran perfectamente realizables por una sola persona de características

similares. Si la estadística no mentía, y podía ser aplicada a los otros cinco volúmenes del Archivo, podíamos suponer que, de 68 casos registrados hasta enero del 90, al menos 29 eran de estricta autoría del verdadero Álvaro Quintana. En ocho años, para un solo hombre, 29 asesinatos eran bastantes. Nada de que impresionarse en la década de los ochenta, pero suficiente para atraer mi atención en esos días fúnebres.

No había motivo ni conexión entre los crímenes, pero en cada uno de ellos, siempre, algún afectado deudo, alguna viuda llorosa, algún impactado socio, algún comerciante feliz, salía beneficiado con el asesinato. Quintana era un asesino a sueldo. Uno muy bueno.

Eso fue lo que me impresionó del personaje mítico de Quintana. Un hombre que, sin motivaciones ideológicas ni aleros gubernamentales, se cargaba gente impunemente, y sacaba provecho de eso. Había alguien que ganaba dinero por un trabajo exactamente opuesto al mío.

Cuando mi licencia terminó, ya había sacado copia a los seis volúmenes del Archivo. Volví al trabajo, pero las venenosas apariciones de Carolina frente a mí, por todos lados, dificultaban mi actuar. La veía en cada segundo de vigilia, y en cada pedazo de sueño.

El Archivo Quintana parecía ser el único antídoto. Cuando me volcaba en sus volúmenes no existía el mundo, solo la visualización de cada escena del crimen, de cada caso.

Durante los siguientes tres meses, trabajaba cada día como un muerto en vida, y cuando volvía a casa despertaba al mundo grotesco de Quintana, desentrañándolo.

Logré reclasificar los otros cinco volúmenes en el tiempo record de dos meses. Los números estimados no estaban muy lejos de la realidad. De 68 casos archivados, 33 correspondían, claramente, a la mano de Quintana. Y tenía mis dudas respecto a otros cinco casos, algo más confusos.

Para principios de diciembre de 1990, ya tenía un perfil concreto y un patrón psicológico de Quintana, que estaban incluidos en mi informe, de tres tomos, sobre el Archivo. Viajé a Santiago y se lo entregué a mi profesor de Criminología de la Escuela, don Gustavo Balbontín, junto a los seis tomos del Archivo original. Era un hombre confiable, de una capacidad deductiva notable y una pasión por los misterios que superaba, incluso, a la mía. Un detective a la antigua, honorable, con ojos inquisidores que parecían saber la verdad de antemano, antes de ocurrido el crimen, incluso. Un dinosaurio de alineación radical, que había sobrevivido a la administración militar, retirándose y dedicándose a la

docencia, sacrificando su abierta posibilidad de suceder al, entonces Director General, asesinado después del golpe, por cierto.

Solía decir que no existía tal cosa como el crimen perfecto. Que tarde o temprano alguien la pifia, y todo se sabe. Me gustaba pensar, en mis momentos de penumbra, en que eso era lo único cierto de nuestra profesión. Así, no importaba si yo era un mal detective. Importaba más que el asesino la pifiara, y todo se supiera.

Así transcurrió diciembre, trabajaba esperando que alguien la pifiara, en cada uno de los casos que teníamos. Realmente, solo estaba interesado en la opinión de Balbontín, respecto a mi teoría. Pero Balbontín era un hombre viejo y ocupado, que tardaría dos meses en leer el dossier completo, y redactar su conclusión, crucial para mi investigación.

Para la noche de Año Nuevo, el fantasma de Carolina era lo único real. Cerca de las diez salí a caminar, y terminé frente al edificio donde había vivido mi infancia. El portero era el mismo de siempre. Subí a la azotea, esperando tener acceso al espectáculo pirotécnico sobre el mar, un espectáculo que me sacara de mi estupor. Ruido y bulla que alejara la imagen en pena de Carolina. O, por otro lado,  una buena altura para arrojarme al vacío. Ambas posibilidades eran aceptables, a esa altura.

Entonces, alguien la pifió. Un tipo se acercó a mi, conversamos toda lo noche. Se llamaba Galland, y tenía problemas serios. Aún así, me hizo el más increíble regalo de todos.

Esa noche, Roberto Galland articuló un desordenado discurso, solo para que Álvaro Quintana, asesino a sueldo, matón legendario, se materializara frente a mis ojos.

# Capítulo 15

**Demasiadas luces rojas.**

Supongo que mis dudas, respecto a la confesión de Galland comenzaron cuando tuve la oportunidad de pensar bien en lo que me estaba metiendo. Eso no fue hasta algunos días después de todo el escándalo y las carcajadas morbosas de la prensa sedienta de sangre.

Mientras los pocos amigos que le quedaban a Galland aseguraban que estaba loco, él confesaba con un detalle único una lista pavorosa de crímenes verdaderos. Verdaderos para él, los informes de los peritos, en muchos casos, indicaban claras inconsistencias y/o errores. Eso no parecía molestar a los peritos. El público y los superiores les palmeaban las espaldas. Sus pesquisas habían tenido éxito, salvando a los ciudadanos de un psicópata.

Aunque el alto mando, incluyendo Magistrados y autoridades civiles se retorcían en sus ganas de crucificarlo, o empalarlo en medio de la Plaza Victoria, y dejarlo pudrirse un par de días allí, para aumentar la sensación de seguridad en las calles, yo comenzaba a dudar de todo ese circo.

Después de interrogar a Galland por tercera vez, estaba seguro que algo no estaba bien.

Si me preguntan ahora, ¿Quién encerró a Galland en un psiquiátrico? No dudo un segundo en contestar: un fantasma.

El fantasma de Carolina, atormentándome, gritándome día y noche que encontrara, entre los escombros y los desechos de esta sociedad, al maldito Álvaro Quintana.

Después de un par de semanas, Galland era un tema menor. La atención se desviaba ahora hacia la detención de Alejandro Olarra, comerciante, empresario, inversionista y esposo de una celebridad local, que causó un impacto mayor, pero contrario al de Galland. Esta vez, ante los ojos de los medios, estábamos abusando de nuestro éxito, deteniendo inocentes a diestra y siniestra. Como parte del sumario, se mantuvo un absoluto secreto respecto al papel que jugaba Olarra, en los crímenes de Galland. El asedio de la prensa duró varios días, querían respuestas que nadie tenía.

No había respuestas, pero, dentro de mi cabeza, estaba la semilla de una investigación. Un investigador duda de todo, decía Balbontín, después de cada exposición de pruebas. El problema estribaba en que todas las pruebas estaban encerradas en la cabeza de dos locos, cegados por dos mujeres muertas. Pero desde la primera vez que escuché a Galland, dentro de mi cabeza, supe la verdad. Alejandro Olarra era, definitivamente, Álvaro Quintana.

El Comisario advirtió, con bastante razón, que había que proceder con precaución frente a todo lo que tuviera que ver con Olarra, dada su notoriedad; que había que estar atento, al cotejar los datos de Galland con Olarra, de no comprometer a la Institución en algún problema legal. A la primera luz roja, indicó el Comisario, esto se detiene y se libera al detenido.
La Brigada no encontró ni un solo indicio de las actividades relatadas por Galland, en ninguno de los muchos departamentos de Olarra. Ni siquiera un arma registrada. Olarra estaba limpio. Esa fue la primera luz roja, pero callamos y continuamos.

Lo desesperante residía en que, mis superiores, no tenían ningún problema con fusilar en los medios a un desconocido como Roberto Galland. Pero, un miembro de la elite, era otra cosa absolutamente diferente. La desesperación mutó en agonía, cuando percibí, por primera vez, que Galland no era un criminal sino un demente.

Tuve tres oportunidades de interrogar a Olarra. Las dos primeras, su hermetismo sospechoso solo contribuyó con mi frustración y terminé golpeando la puerta con mi puño derecho. Las dos veces. Tuvimos que soltarlo.

La tercera, mucho tiempo después, en tribunales, como parte del proceso en contra de Galland, fue aún más desalentadora. Respuestas ensayadas, silencios desconcertantes, y finalmente nada incriminatorio.

Los interrogatorios de Galland, por otro lado, eran cada día más amenos e interesantes. Al mismo tiempo, cada día se volvían más confusos y sinrazón. Se tomó nota y se grabó cada uno de ellos. Lo más interesante resultó ser que ya me encontraba trabajando en su caso, aún antes de conocerlo.

Inicié mi trabajo en éste caso, cuando investigaba la muerte de los hermanos Joaquín y Benjamín Palacios, así como la del abogado Leonel Vallarta. Para cuando di con Galland y su confesión, todo indicaba que se trataría de un episodio en una historia más larga y sangrienta de lo que

aparentaba. Se nombró una ministra en visita, se amplió mi participación en la investigación y se me asignó dedicación exclusiva al caso. Había pruebas para encerrarlo de por vida, pero para su protección y por su estado de salud, decidieron recluirlo en una institución mental.

Después de haber investigado a fondo la escena del crimen, en Bosques de Montemar, en la casa de los hermanos Palacios, encontraba improbable la participación de una cuarta persona en los hechos. Galland llenaba ese vacío. Cualquiera pudo llenarlo. De pronto, la broma de que alguien con el nombre de Álvaro Quintana fuera inculpado por un dossier infinito de crímenes, ya no resultaba tan improbable. Ahora se volvía más bien dramática.

En cuanto a la muerte de Guillermo Marconni (viudo, 68 años, joyero artesano domiciliado en Viña del Mar, en un miserable departamento sobre su negocio), teníamos por cosa cierta que el autor material del crimen, no era Galland. Al menos no como él ha descrito lo sucesos de esa noche.

Los Cabos Martínez y Sabaleta, Carabineros de la Prefectura de Viña del Mar, de guardia la noche del 30 de Agosto de 1990, mencionan en sus informes el "asalto" a la Joyería Palace, que terminó con la muerte tipo "ejecución" de su dueño.

El dueño de la Joyería Palace habría muerto víctima de, por lo menos, tres asaltantes que huyeron del local portando un botín de cerca de 45 millones de pesos en joyas y efectivo, sustraídos de la caja fuerte personal del joyero.

Según peritos forenses del Instituto Médico Legal, Marconni falleció de un "paro respiratorio cerca de las 22 horas del jueves 30 de Agosto de 1990, producto de cuatro heridas de bala calibre .44, sin salida de proyectil, en el abdomen, que comprometieron gravemente los pulmones, ocasionándole una muerte casi instantánea".

El informe del Laboratorio de Balística en Santiago, indicaba que las balas .44, "fueron disparadas desde una distancia aproximada de un metro y medio de la víctima, explícito en el tatuaje de ingreso de las heridas". De acuerdo a las trayectorias de entrada, se trataría de dos armas, presumiblemente Sig Sauer semiautomáticas, según las estrías en los casquillos encontrados en el interior de la víctima.

Lo anterior manifestaba una abierta discrepancia con el relato de Galland. Si bien no era suficiente para descalificar su confesión, bien podía ratificar mi teoría, y eximirlo de culpa, en atención a su estado mental. Aún contradiciendo radicalmente los intentos de la Ministra en Visita de ligar

los tres crímenes de esa semana, luego de la irregular y cada vez más dudosa confesión de Galland.

En mi opinión, se trataba de otra extrapolación de la realidad. De acuerdo a lo planteado por Miguel Huerta, único amigo que le iba quedando a Galland, éste fabricaba sus historias a partir de las noticias. Lo cierto es que Marconni fue encontrado entre armas ilegales y artesanales, algunas de su propia elaboración, que vendía e intercambiaba con sicarios y delincuentes marginales a muy buen precio. Además fueron encontrados en el mismo lugar, una cantidad importante de drogas de distinto calibre y calidad, así como especies robadas y dinero falsificado de gran calidad.

Eso sí que era intrigante. Intrigante porque aquellos detalles no fueron entregados a la prensa, en ningún momento de la investigación, como parte del sumario, con el fin de desmantelar completamente la red de tráfico de la que era parte el joyero.

Por lo mismo, resultaba imposible que esa información estuviera en poder de Galland, a menos que el mismo Galland conociera efectivamente al joyero, y lo conociera tan bien, como para estar al tanto de sus operaciones ilícitas, y de la cantidad y calidad de la mercancía que éste manejaba. Tal y como lo revelaba en sus declaraciones y notas.

Por otro lado, después de leer y releer el informe de Carabineros y de los Detectives de la Brigada que asistieron a la escena del crimen para levantar el cuerpo con el Magistrado, no lograba entender, en forma alguna, cómo se estableció el monto del botín sustraído, si el único capaz de establecer su inventario era el mismo Marconni, que, a la hora en que los efectivos policiales y peritos llegaron al lugar, ya llevaba tieso varias horas. Curioso, por  no decir, sospechoso.

Si Galland estuviera mintiendo, o simplemente alucinando, ¿por qué los asaltantes no se llevaron la droga, o las armas, o los billetes falsos (que sólo un experto podría identificar), o todo lo anterior? ¿Por qué perder el tiempo abriendo la caja fuerte personal, escondida, de Marconni?

O bien, un rosario de luces rojas, si considerando las diferencias entre ambas historias, el relato de Galland fuera cierto, eso solo dejaba más preguntas para nuestra investigación. Si, efectivamente, Galland fue a la Joyería Palace esa noche, ¿qué lo empujaría a matar al joyero, existiendo una afianzada relación comercial y pudiendo negociar el retiro las armas como arriendo o hasta préstamo de las mismas? ¿Por qué se hizo necesario para Galland eliminar a Marconni?

Lo peor es que esto no hacía sino alejarme del gran objetivo, y solo planteaba más incertidumbres que certezas sobre Olarra. ¿Por qué, con

toda la experiencia que Olarra tendría como sicario, no se encargó él mismo de la adquisición del armamento necesario y apropiado para lo operación que estaban a punto de realizar?

Si era necesario eliminar al proveedor, ¿por qué fue Galland el encargado de hacerlo, pudiendo Olarra realizar el trabajo de un modo más profesional y seguro?

No había motivos para un asesinato. Atendiendo al relato de Galland, no hay lógica en su proceder, ni en el de Olarra, más que la reacción nerviosa de delincuentes, o las elucubraciones de un loco, sobre el asesinato de un conocido personal, en un joyería de Viña del Mar.

# Capítulo 16

**El plomo de la furia.**

Cada minuto que pasaba estaba más seguro que todo terminaría archivado, incluyendo Galland. Algunas muertes involucradas engrosarían el Archivo Quintana, otras servirían para el proceso que dejaría internado en un sanatorio al único inculpado.

De cualquier forma, Quintana se me escapaba de las manos, una vez más. Galland se había transformado en un alienado de pocas palabras, la mirada perdida. Lo único alentador para mí, enmarcado como estaba, en todo aquel cuento de sospechas e historias imposibles de verificar, era que estaba, cada día, más alejado de terminar la investigación con una balacera.

Cosa nada despreciable, considerando que hay pocas cosas que me disgustan más, de la vida policial, que disparar un arma. Sobre todo si es contra otra persona. No quiero que se me malinterprete. Estoy dispuesto a abrir fuego, si la situación lo requiere, con bastante precisión y rapidez.

En la Escuela, mi profesor de Tiro y Armamento, el Mayor (R) Antonio Robles (un viejo Infante de Marina,  que aseguraba, aunque nunca lo demostrara, que con dos monedas y un metro de cable telefónico, era capaz de matar a un enemigo a cuatrocientos metros de distancia), decía que mi problema era que tenía un aprecio por la vida incompatible con el Servicio.

Pero no se trataba de eso. No tenía inconvenientes en dispararle a un delincuente, con tal de salvar la vida de un inocente. Pero un disparo es sucio, ruidoso, crea desorden. Lo que me molestaba realmente, de disparar un arma de fuego, tiene que ver con lo militar del acto. Disparar es un acto de guerra, y para mi, el Detective es más un científico que un soldado.

La idea del policía que persigue al delincuente por toda la ciudad, destruyendo automóviles, disparando a las llantas, saltando a microbuses en movimiento, me resulta urticante. El policía combativo, que acorrala al maleante y luego le dispara (en defensa propia), para restaurar su "orden" a la ciudad, me parece una fantasía que, aunque apetecida por los reclutas, sólo es eso, una fantasía.

Eso sin hablar de la ironía imbricada en la acción, donde un acto de violencia "oficial", pretende sesgar la violencia no permitida, la ilegal. Algo así como "luchar por la paz". Una lógica a la que me resisto. No se ve

gente “fornicando por la virginidad”, si ese modo de pensar fuera acertado.

Me gustaba pensar en mi profesión, como una labor civilizada, una suma de intelectuales trabajando en una investigación científica. Las balas y los golpes, poco tienen que ver con el método y el resultado.

El Mayor Robles era un soldado. Un soldado que “cumplía con su deber”, enseñándonos a disparar, y a disparar bien. Llegué a pensar que era necesario, ya que debía aprenderlo de todas formas, aprender a hacerlo bien.

Una tarde, mientras limpiaba mi arma de servicio en mi habitación, percibí, por primera vez, la básica pero delicada ingeniería de un arma de fuego. La simpleza del principio, y la sofisticación del sistema en un arma automática, como la que tenía en mis manos, pieza por pieza. Fue entonces cuando comencé a apreciar mi arma. Entonces comencé a verla como un símbolo del trabajo bien hecho.

Si nunca tenía que utilizarla, sería un símbolo cumplido.

Para el Mayor Robles se trataba de un símbolo de poder: el que tiene el arma tiene el poder, y el resto de las relaciones humanas estarían supeditadas a ese hecho. Eso nos pondría en una situación primitiva, donde la fuerza es,  en realidad, lo que nos distanciaría de otras especies. Dudoso, por decir lo menos.

Después de la muerte de Carolina, pude haber caído, con relativa facilidad, en una espiral de violencia que hubiera terminado, sin lugar a dudas, con una de mis balas en mi propia cabeza. A ratos, todo mi cuerpo me incitaba a la violencia. Al parecer, el dolor tiende a apaciguarse inflingiendo dolor a otros. Es terapéutico, dicen los colegas. No lo creo. El efecto anestésico, el embrutecimiento generado por cualquier forma de violencia, corre emparejado, con un deseo de más violencia. Luego de consumirlo todo, nos consume a nosotros mismos. Destruimos todo, porque, en realidad, deseamos autodestruirnos, eliminarnos, borrarnos. El hacernos irreales, vuelve al dolor irreconocible, como si perteneciera a otra persona. Y es perfectamente posible vivir con el dolor de otros.

En lugar de calmar mi dolor con violencia, lo calmé con la investigación del Archivo Quintana, acrecentando mi incapacidad de abrir fuego, voluntariamente, contra otro ser humano. Si las circunstancias, si aquello fuera posible, me permitieran dar con Quintana, no sé si podría detenerlo usando la fuerza. Había llegado a la convicción de haberme atrofiado

como policía. El nexo con mi arma fue desapareciendo con el tiempo. Quién sabe qué otras cosas se han borrado de mi formación, a estas alturas, desde que Carolina murió.

El dolor me había mutilado. Pero mi dolor no tenía rostro, ni personalidad jurídica. No podía investigarlo, ni interrogarlo, ni meterlo preso. No podía dispararle al dolor. Pero a Quintana sí, Quintana es real, no conozco su rostro, pero existe y puedo probarlo.

Quizás, lo que duele más es todo aquello que no existe. Las palabras ausentes, las caricias guardadas, el beso retenido. Mi vida, mi silencio. Lo que nunca dije.

No recuerdo haberle dicho "te amo" excepto por la vez en que le propuse matrimonio. Supongo que es un asunto de crianza. Mi padre solía ser este tipo parco y bruto, curtido en altamar por largas madrugadas de pesca infructuosa. Supongo que nuestra forma de expresar cariño es el resultado de la educación en el respeto, o mejor dicho del temor reverencial que profesábamos en casa, hacia esta figura inescrutable, que reventaba su columna día a día para traer qué comer a la casa. Nunca faltó a su trabajo, nunca pasamos hambre. Nunca escondió su orgullo cuando hablaba de su hijo, el detective. Mi padre era un hombre sencillo, sin más pretensiones que las de procurar bienestar a su familia. Un hombre justo y bueno, que sabía ser severo y exigente, para formarnos carácter. No recuerdo un sólo abrazo, pero tampoco recuerdo un sólo golpe.

Tal vez es por eso que la violencia me resultaba tan ajena. Tal vez es por eso que el amor me resultaba tan imposible. Y, aunque mi corazón se deshacía en latidos por incendiarme en violencia, en responder a cada beso que no fue, con una bala en el rostro de un desconocido, mi mente se rebelaba y calma esta sed con un racionalismo indiferente, tan ajeno como el plomo que me negaba a disparar.

Es que, en medio de todo aquel lío, cualquier forma de violencia se contradecía con mi forma de ser, y el amor, la forma más brutal de violencia que conozco, el plomo más letal de todo el arsenal humano, parecía voltearse con desdén hacia mí, inyectarse los ojos en furia y repelerme con dolor,  con amargura, con fracaso.

Eso es lo que veía cada vez que me enfrentaba al cañón de mi arma de servicio. A eso sabía el cañón del revolver en mi boca, o cada bala que cargaba en ese barril mientras veía a Carolina llamándome desde un limbo infernal, agónico. Sabían a dolor, patético dolor repartido de forma desigual entre los mortales, repartido irresponsablemente a aquellos que tienen acceso a armas de fuego. Sabían a castigo y amenaza. Sabían a

furia.

# Capítulo 17

**Galland bajo las dudas.**

Entre los eternos y febriles interrogatorios, los careos absurdos e inconcluyentes, las historias alucinadas y las presiones políticas del caso Galland, la tensión al interior de la Brigada fue aumentando con el correr de los meses. Los altos funcionarios de Investigaciones, la Alcaldía, la Ministra en Visita, el fantasma de Carolina, incluso el mismo Galland, todos los que conocía se confabulaban y hacían coincidir sus manos para apretar mi cuello y exigir respuestas. No había respuestas.

La Ministra en Visita dejó de llamar a declarar a Galland, y se limitaba a observar detrás de un espejo, o luego, simplemente en video, las entrevistas que la Brigada realizaba con el acusado en el sanatorio. Hacia finales de 1992, se me encargaban, de manera exclusiva, todos los interrogatorios y entrevistas del caso. Prácticamente, ya olvidaban grabarlas. En lo personal, me permitía largas conversaciones "extraoficiales" con Galland. Aún cuando sus historias se volvían erráticas y fantásticas, a ratos, eran parte de una conversación pausada y liberada, que retomábamos como si nunca hubiese culminado. A menudo terminábamos riendo (o llorando) poniendo en común nuestras vidas truncadas por sangre.

En los recovecos de su memoria aún yacen eventos trascendentes que ligan, de la manera más concreta, sus fantasías tortuosas y auto flagelantes, con la verdad absoluta, que también lo inculpa, trayendo a la luz su relación con importantes hampones y asesinos despiadados. Yo quería estar ahí, cuando esos eventos buscaran su vía de escape. Allí quería estar cuando esos delincuentes se volvieran carne, y sus víctimas muertas clamaran por justicia desde sus tumbas olvidadas.

Si me preguntan si creo en la historia de Galland, yo digo: Si, tanto como creo en las historias de la Biblia, o en cualquier otro libro de historia/ficción.

Si me preguntan si creo que es culpable de la muerte de toda esa gente, que asegura haber eliminado, yo contesto: Por supuesto, tanto como yo soy culpable de esas y otras tantas muertes que no supe evitar.

Matar, o volverse loco, son dos instancias que acechan de manera perpetua nuestra conducta. Nuestra posición frente a la muerte, o a la locura, marcan opciones reales de vida. Pero quien gobierna, irrevocablemente nuestras relaciones, y particularmente nuestro modo de comunicarnos, es la Duda, o, más bien, un interminable zigzag de dudas y certezas. Lo que constituye, en sí mismo, una duda cierta.

Nos relacionamos descansando sobre una duda: ¿Me entenderá el otro? ¿Seré amado por el otro? ¿Me estás escuchando o solo finges interés?

Y permanecemos habitando en la desesperada búsqueda de una certeza. Y algunas veces, ante la incapacidad, del otro o de uno mismo, de entregar certezas, sobreviene la locura, como un remanso pacificador, como una certeza artificial, como un parche contra el dolor. Otras veces, la desesperación de habitar en esta incapacidad de certezas, solo puede solucionarse borrando a aquel que te mantiene en la duda. Matamos. Matamos en el corazón, en la memoria y, las menos veces, en la realidad.

Pero la mayoría aprende a vivir en la duda, y se adormece en este estado, mientras la duda va dopando nuestras relaciones. Les llamamos normales y cuando alguien escapa hacia los lindes de la locura, o hacia los páramos de la sangre derramada, ocurre una fatal fractura social. Aquel que cede ante la desesperación habitual de la duda, es mal visto, es temido, es loco o asesino, o ambos.

Galland es loco o asesino, o ambos. Y yo no estaba muy lejos de eso.

Lo que me mantenía cuerdo era, precisamente, el haber aprendido a vivir en dudas, cierto solo de la muerte. La duda que me alimentaba era Álvaro Quintana, oculto dentro de una personalidad huésped, desconocida y risueña, de la que se alimenta y en la que se oculta, desde donde se burlaba de la normalidad del mundo. Desde dónde seguía matando, y sacando provecho.

Sé a quién buscas, me dijo Galland una mañana a finales de noviembre. Sé a quién buscas, y sé que estás muy cerca de encontrarlo. Susurraba arrastrando la voz, como si se supiera poseedor de un secreto precioso.

Me aseguró que yo buscaba al “dueño de la muerte”, y que estaba a un paso de encontrarme cara a cara con él, si sabía perseverar en mi investigación sin dejarme empantanar por la burocracia y el tedio.

Algo, en el modo infantil y críptico de Galland, me empujaba, una vez más, a tentar mi suerte y asegurarme una amonestación oficial. Le pedí, a la Ministra en visita, que citara a declarar por última vez a Alejandro Olarra. Accedió, pero prohibió cualquier forma de hostigamiento, así como

la posibilidad de que yo condujera el interrogatorio. Su última declaración sería tomada por ella misma, utilizando un cuestionario elaborado por mí y revisado por la Jefatura de la Brigada.

Pero en diciembre, una mala noticia cambió para siempre el norte de toda la investigación. Al levantar el auricular, el tono en la voz de Encalada, escueto y subterráneo, me comunicaba el fallecimiento del Doctor Balbontín, en su oficina de la Escuela de Investigaciones Policiales, en Santiago. Un infarto múltiple apagó la vida del investigador, mientras corregía los exámenes finales de su cátedra. Al parecer, su último aliento estuvo dedicado a reprobar a un mal estudiante. Muy propio de Balbontín.

Un funeral multitudinario reunió a una cantidad increíble de policías, estudiantes, jueces, políticos de todos los sectores, docentes y gente agradecida. Mientras cargaba el ataúd a través del pasillo de la capilla, yo recordaba clases memorables, investigaciones sobresalientes y momentos grabados a fuego en mi memoria. Dejaba varios nietos, de cuatro hijos prominentes y bien educados. Dos médicos y dos abogados, ningún detective. A petición suya, Encalada y yo, comenzamos a limpiar y desocupar su oficina en la Escuela.

El viejo nos quería más de lo que aparentaba, en el primer cajón de su escritorio guardaba un álbum con las fotos de cada una de las promociones que había ayudado a graduar. Recortes, viejos reportes, recuerdos y fotografías de casos famosos, viejas películas de Jerry Lewis, su vida y su talento, cubriéndose de polvo y siendo guardado en cajas para el olvido.

Tomó un fin de semana completo el catalogar y empacar el material del Doctor, así como embalar sus muebles y libros personales. Quizás nosotros mismos retrasábamos la acción, degustando cada uno de los pequeños detalles que hicieron de la vida del viejo un misterio insondable y un objeto de admiración eterna. Entre los papeles, que en ese entonces, usaba Balbontín con más frecuencia, se encontraba mi informe del Archivo Quintana, rebosante de notas y correcciones con lápices de distintos colores, acompañadas de las copias a los seis volúmenes del archivo original, que había adjuntado para sus referencias. Lo guardé todo, con el fin de leerlo de vuelta en casa, pero no tuve la oportunidad hasta varios meses después, porque la amonestación oficial, que ya esperaba desde que citamos a Olarra, tuvo lugar antes de volver a Valparaíso, ese domingo. El Director de la Escuela, en persona, me interceptó y me entregó un sobre que contenía nuevas órdenes. El Director General de la Policía de Investigaciones de Chile me promovía, sin dilaciones, al grado de Comisario, y, de acuerdo a mi especialidad y estudios, ordenaba mi traslado, de vuelta a la Escuela, con el fin de tomar la Cátedra de

Criminología que el Doctor Balbontín había dejado vacante, efectiva en ese mismo instante.

Al parecer, el mismo Balbontín, que finalmente pensaba retirarse, me había recomendado para sustituirle. Tomé la noticia con una mezcla de sentimientos, todos mezquinos. Por un lado, me sentía honrado por el nombramiento y el ascenso, por otro, no dejaba de sentirme castigado. Habían logrado sacarme del camino, hacerme a un lado de la investigación, tal y como habían apartado a Balbontín de la Dirección General tantos años atrás.

Encontré en el nuevo puesto una cómoda cárcel para mi búsqueda. Antes de asumir mi nuevo rol, volví a Valparaíso, para ordenar mi cabeza y dejar el cargo.

No sabía, entonces, que no volvería a verlo sino hasta hoy. Me entrevisté con Roberto Galland, por última vez, el lunes 7 de diciembre de 1992, muy temprano en la mañana. El recibidor del sanatorio, parecía más luminoso que de costumbre, a medida que las sombras, que generaban los marcos de las ventanas, avanzaban por el piso recién encerado. Había algo de irreal en todo el cuadro, por cuanto correspondía a la ridícula despedida entre un detective y un inculpado. Entre dos amigos, más bien. Y, de algún modo extraño, Galland intuía que tenía que abandonarlo a su suerte.

Se encontraba más perdido que de costumbre. Divagaba sin sentido, como si estuviera hablando, además, con algún inquisidor invisible, que lo atacaba duramente, que le echaba encima cargas despiadadas y acusaciones hirientes.

Estaba lleno de dolor, y una sensación de impotencia me arrebataba el habla. Debía dejar la investigación sin haber podido regalarle tan sólo un poco de paz en su tormento, o en el mío, que vendría siendo más concreto aún.

Estás un paso más cerca de encontrarlo, me dijo al despedirse. Me dijo que no creyera que con mi partida me alejaba del objetivo, que estaba un paso más cerca. Me miraba fijo, con los ojos inyectados en sangre, como si pudiera ver el futuro en mis pupilas. Y yo cada vez dudaba más y más de todo y de todos.

Lo dejé sentado frente a un gran ventanal, que daba a la bahía, y sin decir adiós partí a Santiago a tomar posesión de mi nuevo cargo.

# Capítulo 18

**Así hablaba Quintana.**

Mis primeros meses como Académico en la Escuela de Investigaciones, estuvieron marcados por dos grandes objetivos. El primero fue revisar y estudiar todos los apuntes del Doctor Balbontín, para poder terminar de corregir los exámenes pendientes. El segundo fue aprender a vivir otra vida. Dediqué todas mis vacaciones a generar nuevos hábitos, a estudiar la materia del ramo y a preparar material bibliográfico para mis futuros alumnos. Poco a poco, mis viejos vicios y costumbres fueron ajustándose a una forma de vida nueva. Arrendé una casa pequeña en las cercanías de la Escuela de Investigaciones, y comencé a llevar la vida habitual de un dueño casa, soltero. Llegaba a casa cerca de las ocho, cocinaba con poco y comía con menos. No tenía televisión, y apenas escuchaba la radio. Solo leía, y era capaz de leer, literalmente,  cualquier cosa que cayera en mis manos.

Pero, para leer con calma y atención las notas de Balbontín a mi informe del Archivo Quintana, el tiempo simplemente se desvanecía. Ya muy avanzado el mes de abril, cuando la materia del ramo toca, tangencialmente, las investigaciones de crímenes conectados y en serie, mi atención se volvió, de manera casual, nuevamente al Archivo Quintana.

Mi vieja obsesión se intensificó mientras recorría, con la misma pasión que la primera vez, los volúmenes del archivo y el informe que había elaborado hacía ya tanto tiempo. Al dar vuelta cada página las hojas sonaban a dolor crudo: podía escuchar la risa de Quintana, sin rostro y oculto tras un velo de sangre.

El archivo me devolvía mis metas, y refundaba mis convicciones, cotejadas con lápiz, al margen de cada párrafo. Las notas de Balbontín tendían, en su mayoría a la ratificación de mis teorías. Pero refutaba la idea de que Quintana habitaba en una cierta dicotomía social y económica. Mi informe proponía una figura solitaria dentro de un triunfador social, un monstruo escondido en una catacumba de buenas referencias, en una personalidad huésped, de la que se alimentaba. Balbontín difería notoriamente, y su posición al respecto dejaba entrever que Quintana no sería sino un asesino profesional y que vivía como tal, sin ocultarse bajo otra personalidad, puesto que toda la máscara que necesitaba no se encontraba en un nombre de fantasía, sino en sus propias habilidades y en la cómoda red de protección que formaba

tejiendo con dinero y poderosos clientes. Lo que para Balbontín no fue más que una nota al margen, para mí fue una indicación concluyente y, más que eso, una orden apremiante. Porque si se pensaba con calma, tal era el caso de Alejandro Olarra, sin ir más lejos. De pronto, todas mis teorías se convertían, en mi cabeza, en pruebas fehacientes de muerte y complot nacional. Y, desde la tumba, el Doctor Balbontín acotaba: "la situación ameritaría una investigación con efectivos encubiertos".

Si se piensa con calma, también, cualquiera puede darse cuenta que la intención de infiltrarme en el mundo de los hampones, sin apoyo ni permiso institucional, era una mala idea desde el comienzo. Mi obsesión me había llevado demasiado lejos, y, como mucho más tarde descubriría, desde ese punto ya no habría regreso. Escuchando a Balbontín, que me guiaba desde un limbo místico, di un certero y suicida paso en la senda de Quintana. Comencé a buscarlo en su propio mundo, ya no como un detective, sino como su par.

Los fines de semana, construía una nueva personalidad y vagaba por bares oscuros y callejones peligrosos, buscaba que mi rostro se fijara en los ojos de la gente del ambiente, y que poco a poco, se acostumbraran a mi persona. Pasé cerca de ocho meses en ese trance, haciéndome conocido en los bares, y participando, incluso, en varios ilícitos de distinto calibre, desde la compra de armas ilegales, hasta pequeños asaltos. Sabía todo lo que debía saber para no ser identificado ni atrapado. Conocía los trucos infalibles, y hasta los errores más rebuscados. Era invisible para mis colegas y, potencialmente, el delincuente mejor preparado para cualquier trabajo en el mercado ilegal. Día a día fui encontrando mayor satisfacción en este mundo delictivo, sabiendo que nunca me atraparían, y dejándome llevar por las circunstancias que, sentía, me acercaban a la forma de ver el mundo de Álvaro Quintana. Pero, creo, en ningún momento de ese período, llegué a confundirme en el papel que jugaba, sabía perfectamente que mi investigación me empujaba hacia Quintana, de este subterráneo modo. Para enero del 94 ya estaba familiarizado, de la manera más absoluta, con la mayoría de los criminales del circuito capitalino, y gozaba de la confianza y la protección de los tipos más rudos e influyentes del mismo.

Si el Doctor Balbontín, presentado ya a estas alturas como un esqueleto barbado, flotando sobre libros y polvo, demandaba policías encubiertos, eso era lo que yo estaba entregando. O eso era lo que yo pensaba, porque una noche, simplemente llegué demasiado lejos, cuando dos hábiles ladrones de autos de lujo me pidieron mi asistencia, para vigilar mientras ellos abrían los vehículos en el Sector Oriente. Eligieron un hermoso BMW verde descapotable, y mientras lo abrían con mucha destreza, el dueño salió a la calle y los sorprendió. Sucedió tan rápido como instintivo, y tan concentrado en el papel me encontraba, que cuando el hombre sacó un revolver, antes que pudiera apuntar, ya le había disparado dos veces en la cabeza, a una distancia de cinco metros, con una .45 silenciada. Nos

subimos al auto, y nos fundimos con la noche capitalina.

Nunca antes había disparado contra otro ser humano, nunca había tenido que utilizar un arma para matar, ni siquiera la de servicio. Curiosamente, no sentía el peso que necesariamente acompaña al exterminio. No existía depresión post-homicida, ni remordimientos, ni ganas de volver a la escena del crimen, nada. Absolutamente nada de lo descrito por los psicólogos, nada de lo referido en los textos de criminología. Sólo aceleración, el corazón a mil por hora, y silencio. A pesar de las felicitaciones de mis camaradas delincuentes, dentro de mí había silencio. Porque sólo entonces Balbontín calló. Su fantasma dejó de obligarme, y, simplemente, desvió su mirada y desapareció para siempre. Carolina también desapareció súbitamente de mis sueños, y, durante un corto tiempo, estuve solo y por fin hubo paz. Por primera vez en años, mi cabeza estaba absolutamente despejada de almas en pena, de muertos demandantes, lejos de las obsesiones profesionales, curada de dolor y angustia.

Ese fue el primer Año Nuevo, en muchos años, en que no traté de volarme la cabeza con mi arma de servicio. No habrían muchos como ese, así que decidí aprovecharlo, e inicié un verano pleno de actividad delictiva. No era el dinero, sino el saber que mis colegas en Investigaciones no tenían absolutamente ninguna posibilidad de dar conmigo, ni siquiera de sospechar de mí.

El fantasma, en buenas cuentas, era yo. Y aunque Carolina y Balbontín habían callado durante meses, las notas al margen de mi informe, de puño y letra del viejo detective, iban construyendo la personalidad del asesino Quintana, la misma que yo iba reproduciendo al pie de la letra, con el fin de acercarme más y más a él.

Ese verano, siguiendo las instrucciones anotadas de mi mentor, cumplí con cuatro contratos de exterminio, todos delincuentes. Todos atrapados en su propio juego. Mal consuelo.

Dos importantes traficantes de drogas pagaron por los muertos, querían al mejor y no pudieron conseguirlo. Aparecí yo y les entregué calidad. Cuando me pagaron preguntaron por mi nombre, y contesté lo único que podía contestar, sin pensarlo dije Álvaro Quintana. Ahora que lo pienso, era el hoy, jugándome una broma ayer.

Pero el tiempo no pasa en vano, los fantasmas no han desaparecido completamente de mi cabeza, y durante tres años he llevado una doble vida que, a ratos, pareciera que está a punto de colapsar. Esta noche, por ejemplo.

Porque esta noche volví a Valparaíso. Hace un rato llovía, suave pero continuo. El blanco del contrato es un viejo borracho que gusta de jugar y

no pagar. Algo había dicho que, en el subterráneo mundo ilegal, no cayó muy en gracia. Peor para él, porque la respuesta de ese mundo fue enviar al mejor de los sicarios disponibles, y mientras llovía, suave pero continuo, me detuve frente a su casa, muy cerca de aquel Psiquiátrico tantas veces visitado. Algo me empujó a levantar mi vista y fijarla en una de las ventanas de aquel edificio. Entonces divisé a Galland, parado junto a la ventana como si hubiera estado esperándome estos cuatro años, y comencé a repasar la historia que he ido tejiendo con dolor y sangre.

Pero de las crisis nacen luces potentes, claridades que tranquilizan y renuevan votos. O que encadenan para siempre. De la claridad, la lectura de los signos de los tiempos. Del tiempo, la desesperación y la crisis, otra vez.

Cuesta comprender cuánta razón tenía Galland la última vez que hablamos. Parecía un pobre loco, pero, en el fondo, él sabía lo cerca que estaba de encontrar a Quintana, y esta noche, al ver su figura recortada contra el edificio, su prisión y refugio, finalmente lo comprendí. Él siempre tuvo una posición privilegiada. Desde donde estaba parado, cada segundo que hablamos, pudo ver más allá de mi espalda. Él podía ver todo aquello que yo arrastraba, todo aquello que me perseguía. Él podía ver, claramente, a Álvaro Quintana pisándome los talones a cada paso que daba. Él podía ver, más allá de mí, el inevitable futuro.

Mi mente se aclara de una vez, y puedo ver que el futuro ya está aquí.

Yo soy Álvaro Quintana, asesino profesional, sicario invisible, la sombra más tenebrosa de Nicolás Donoso, un detective muerto en vida o un académico miserable encerrado entre sus libros y sus fantasmas. Yo soy Álvaro Quintana, ni mirista ni soldado, libre y eterno, veneno legendario de los ochenta, azote real e imperecedero de los noventa, balazo en el rostro, plomo de furia, metal caliente e inasible.

Yo soy Álvaro Quintana, hasta que otro reclame mi lugar.

# Capítulo 19

**PARTE 3**

**por mi cobardía.**

En siete ocasiones distintas visité a Roberto Galland, mientras estuvo recluido en ese psiquiátrico de Valparaíso. En algún momento estuvo tan perdido, tan lejos de si mismo, que le prohibieron las visitas. Pero yo sabía la verdad. Y la verdad era que llevaba muchos años perdido. Aprendió a perderse mucho tiempo antes de caer en ese horrible lugar, mucho antes de manchar sus manos de sangre. Yo continué visitándolo por dos razones. Primero, porque también supe perderme gran parte de mi vida, y encontrarme otras tantas. Segundo, porque podía hacerlo. Podía continuar visitándolo gracias a la gestión de antiguos amigos, con los que compartía más de alguna historia.

Eran amigos verdaderos, amigos que supieron perdonar mi falta de fe, y que nunca dejaron de creer en la humanidad, aún cuando los tiempos sólo decían de muerte y traición.

Eran tiempos difíciles, porque era menester tomar partido, elegir bando. Ya no bastaba estar en el bando de Jesucristo, había que abanderizarse por una causa humana o morir de hambre. Y aunque la mayoría, en un comienzo, elegimos oponernos enérgicamente a la acción satánica del

marxismo-leninismo, otros optaron por defender lo indefendible, incluso tomar las armas. Resultaron muertos, o desaparecidos. La mayoría de ellos eran extranjeros, misioneros italianos y españoles, curas buenos y cercanos a la gente, con un don profético que les permitió ver lo que sucedería un tiempo después. Los conocí a todos, tratando de hacerlos entrar en cordura. Dios los tenga en su Gloria.

Mi ceguera política, y mi corazón de piedra, se confabularon para impedirme ver más allá de la inmediatez. Sólo veía hambre y miseria, escasez y colas. Por supuesto que el ser un Capellán de la Armada, jugó su papel, también, en mi contra. Es difícil ver el otro lado cuando se vive en una Base militar, y todo el acceso a la información es a través de Inteligencia Naval.

Puesto así, lo anterior parecería una gran disculpa por mi opción del año 73, y por los terribles sucesos posteriores, en los que me involucré ciegamente. Tal vez, de manera inconsciente, aún necesite perdón. Pero todos aquellos que necesito me perdonen ya no existen. ¿Quién sobrevive al horror de la traición?

Para el Pronunciamiento Militar, mis vínculos con algunos sacerdotes de izquierda estaban absolutamente deteriorados, y aunque representaban un gran dolor en mi corazón, no dudé ni un instante en dar sus señas cuando los agentes de inteligencia me consultaron respecto a sus actividades.

Velando por su seguridad, y su atención espiritual, participé, incluso, en algunos interrogatorios. Nada terrible, nada violento. Eran sacerdotes, no extremistas. Me dijeron que la mayoría de ellos serían liberados a la mañana siguiente, o enviados a sus respectivos países, en el caso de los extranjeros.

Durante los primeros meses, nada me hizo pensar que algo raro sucedía. Algo en mi cabeza me iba diciendo de exilios y deportaciones, nunca de tortura y asesinato. Supuse que el trato que mis hermanos habían recibido en mi presencia, de manos de los marinos, se extendía a todo preso político, en todas las bases militares.

Ya avanzado el Régimen Militar, los sacerdotes y laicos involucrados con la Vicaría de la Solidaridad me contactaron, hablaron de desaparecidos y fusilados, de casas de torturas y centros ilegales de detención. Negué y renegué de tales acusaciones, porque me resultaban ajenas y maliciosas. Defendí a los militares, porque no podía creer que aquellos que una vez habían salvado al país de su inminente destrucción, hubiesen extraviado tanto el camino. La lista de desaparecidos y ejecutados era enorme, y seguía creciendo día a día. En ella, uno de los sacerdotes detenidos, un español con el que estuve cuando fue interrogado en Valparaíso, y que sería liberado pronto, figuraba como ejecutado cuando intentaba escapar

del centro de detención. Les aseguré que la información que poseían era incorrecta, que yo había participado del interrogatorio, y que, habiendo confirmado su inocencia, iba a ser liberado al día siguiente. La realidad era demasiado terrible para asumir. Todavía lo es.

Cada uno de los sacerdotes y religiosos que yo había indicado a Inteligencia, aparecían como desaparecidos o ejecutados. Entregué a la Vicaría todo cuanto sabía, esperando tontamente, que la información que aportaba, permitiera encontrar con vida a los desaparecidos. De la Junta, solo obtuvieron negativas y amenazas. En poco tiempo me vi vigilado y trasladado a Punta Arenas, donde el Obispo Castrense me pidió cautela y silencio, recordándome mis votos y mi fidelidad a las Fuerzas Armadas. Lo que yo necesitaba, entonces, era que me recordaran la fidelidad comprometida y prioritaria con el que sufre, con Jesucristo. Pero eso nunca ocurrió, era más importante mantener el orden y el control en el país. La guerra no habría terminado hasta que el fantasma del marxismo desapareciera para siempre del territorio nacional.

Para 1980, ya tenía una idea meridianamente clara de lo que había acontecido, realmente, en Chile a partir del 73, pero pasaron muchos años antes de que pudiera conocer, cabalmente, las dimensiones absurdas de esta guerra inexistente, fabricada y desigual. Yo había sido parte de un gigantesco aparato eliminador. No había disparado una sola bala, pero, básicamente, había señalado a los verdugos dónde apuntar.

Todo vino como una avalancha sobre mí. Mi corazón se desgarraba en la Eucaristía, con cada Consagración, cuando recordaba que yo mismo, había perseguido, condenado y clavado en cruz a los discípulos de Jesús. A pesar que había confesado una y otra vez estos pecados, con cuanto sacerdote conocía, era yo mismo aquel que no lograba perdonarse. Sentía que con cada Consagración, cada vez que daba la Comunión, hacía partícipes a los feligreses de mi imperdonable pecado. Nunca me sentí tan indigno como entonces. Tantos días pensé en suicidarme, que fui perdiendo, poco a poco, el contacto con la realidad, me desvinculé absolutamente de mi sacerdocio y me perdí en el alcohol. Durante una de esas borracheras, mi Obispo llegó para llamarme al orden. Al llamarlo asesino supo que algo no andaba bien conmigo.

El Obispo estaba asustado, no por él, sino por mí. Me pidió silencio, no por lo dañino de mis declaraciones, sino por mi seguridad personal. Si sigues así te van a matar, me susurró esa misma noche. Estaba preocupado por su rebaño, porque entendía que nuestro papel en el Gobierno Militar había sido el de títeres ideológicos. Sabiendo que no podíamos apoyar, como Iglesia, al marxismo, nos habían utilizado a su antojo. Nunca fueron necesitados, nunca vivieron el desabastecimiento que el resto del país si experimentó. Sus bodegas estaban llenas, yo las vi. Los soldados, y los señores acomodados que por detrás sostenían sus cadenas, estaban bien alimentados y seguros. El maíz, que los señores arrojaban al paso de los

uniformados, decía de despensas bien resguardadas, de niños bien alimentados, de terratenientes asegurando sus haciendas, de ceguera. Era provocación, era odio, era una venda que se iba anudando a nuestras sienes y, de paso, cortando nuestra circulación. Poco a poco, la sangre dejó de fluir a nuestro corazón.

Nos hicieron ver una realidad abultada del pueblo, y optar por un mal mayor. Hicieron brotar el terrorismo de la nada, exaltaron a los exaltadores, y las colas y puños en alto fueron reemplazadas por balas y tortura.

Luego, silencio. Ellos mismos conocían el mal intrínseco de sus actos, por eso guardaron secreto de todo cuanto había acontecido, y nos dejaron a nosotros llorar por el mal irremediable de los nuestros.

Nunca sabremos qué habría pasado de no mediar el Pronunciamiento. Tal vez las atrocidades habrían ocurrido igual, desde el otro lado. Parece que estamos destinados, como pueblo, a matarnos los unos a los otros.

Esa noche, el Obispo vio, en mí, al Cristo que sufría entonces. Me acompañó hasta que el sueño me venció, y a la mañana siguiente celebramos juntos la Misa en el Santuario de María Auxiliadora, de los Salesianos, grandes amigos hasta hoy. Luego me pidió obediencia y confianza, y me entregó una orden de traslado a Roma, con el pretexto de tomar algunos cursillos y otras burradas, y así mantenerme ocupado y alejado del país.

En el Vaticano decidí pedir a Su Santidad, las dispensas para mis votos. No era capaz de continuar mi sacerdocio con este horrible peso en mi corazón. Numerosos sacerdotes me hicieron compañía y me ayudaron a discernir. Por primera vez, en muchos años, me sentí perdonado. Pero el daño ya estaba hecho, y no bastaba con el arrepentimiento.

Mi encuentro, violento, con aquello que, años después, llamaron reconciliación, vino a raíz del reconocerme apátrida, e incapacitado de volver a casa. En el 83, ya como civil, intenté volver al país para trabajar con los familiares de detenidos desaparecidos, habiéndome contactado con la Vicaría, previamente. Fui detenido en el Aeropuerto de Santiago, donde, una marca en mi pasaporte, indicaba una prohibición para ingresar al país, que existía en mi contra desde el minuto en que salí. Había sido exiliado, como tantos compatriotas que no claudicaron en su sueño comunista de igualdad, o que respondieron con palabras afiladas a las balas arteras de las Fuerzas Armadas. Y yo, en medio de los desterrados, castigado por no haber sabido amar bien.

Volví a Roma, donde fui contactado en el mismo aeropuerto por diplomáticos y religiosos involucrados en una organización llamada Amnistía Internacional, donde ya trabajaban varios chilenos exiliados. Querían que trabajara con ellos, buscando hacer conciencia internacional de los atropellos a los derechos humanos, que ocurrieron y seguían ocurriendo en el mundo, y específicamente en las dictaduras latinoamericanas. ¿Saben quién soy, realmente? ¿Saben lo que hice, allá en Chile?, no dejé de preguntarles desde ese entonces. Lo sabían, tenían perfectamente claro el infame rol que había jugado en el pronunciamiento militar, sin embargo solo se limitaron a responderme: usted es un exiliado, don Miguel. Y en esa definición encontré la comunión, ese nexo con mis hermanos chilenos que sentía perdido, porque en mi ser exiliado político, cargaba con la misma cruz de tantos otros, y llevaba, a cuestas, los nombres de tantos otros que habían sido perseguidos y muertos, en medio de una guerra fantasma y cruel.

En los años que pasé con Amnistía recorrí el mundo, visitando los lugares más golpeados por el odio. Divisé que los militares chilenos no habían inaugurado nada. El mismo desprecio por la humanidad, evidente en cada gesto y cada palabra del General y sus esbirros, aparecía extrapolado en distintos lugares de Centro y Latinoamérica, en África y en Asia. Estuve presente en tantos campamentos de refugiados, en tantas ruinas de ciudades, en tantas fosas comunes, rodeado de tanta muerte y dolor, que pronto fui cayendo en cuenta que nuestro mundo había perdido todo norte. Dios había hecho sus maletas, y nos había abandonado a nuestra suerte.

Con la fe en la humanidad absolutamente perdida, y, porqué no decirlo, añorando terriblemente a mi país, finalmente decidí volver a Chile. No fue mucho mejor lo que comencé a vivir entonces.

Con la democracia restablecida, y el levantamiento del exilio para miles de compatriotas, mi llegada pasó absolutamente desapercibida. Excepto para aquellos que tenían instrucciones explícitas de contactarme. En primera instancia, fui contactado por el presidente de la Comisión Verdad y Reconciliación, don Raúl Rettig con el fin de aportar ciertas luces sobre lo que habría acontecido en los centros de detención improvisados en la Base Aeronaval del Belloto, y en un par de casonas contiguas de la calle Álvares en Viña del Mar. En ambos lugares, operativos de inteligencia habrían conducido sesiones de tortura sistemática, y ejecuciones sumarias, al margen de toda legalidad. Al menos cinco hermanos, entre sacerdotes y religiosos, habrían pasado por estos centros de tortura. Dos permanecen desaparecidos, aún a la fecha, sin que se conozca noticia alguna de ellos, desde la noche del 13 de septiembre de 1973 cuando fueron detenidos en una población viñamarina. En el registro de la base del Belloto, aparecen como “liberados” y entregados a agentes de inteligencia naval. Un tercero habría muerto en calle Álvares, según declararon ex uniformados, pero su cuerpo, que presentaba ocho heridas

de bala en todo el cuerpo, incluyendo la cabeza, habría sido sacado a la calle y abandonado cerca de Caleta Abarca.

Los otros dos, jóvenes religiosos franciscanos de nacionalidad italiana, a quienes recuerdo con inusual claridad, fueron deportados, luego de ser brutalmente golpeados, vejados y torturados en El Belloto. Libre interpretación del "verás como quieren en Chile, al amigo cuando es forastero".

Pero ninguno de estos casos, ni siquiera alguna noticia de estos centros ilegales de detención, llegó a mi conocimiento hasta aquella conversación con los miembros de la Comisión Rettig. Todo lo que pude aportar, como si el proceso se repitiera amargamente una y otra vez, fueron los nombres de aquellos hermanos sacerdotes y religiosos que ya había entregado, alguna vez, a Inteligencia Naval, y una vez más a la Vicaría de la Solidaridad, antes de dejar el país.

De nada sirvió. La verdad fue enterrada, como tantas otras veces, bajo excusas y declaraciones polémicas. En cada ocasión, el llanto de los familiares de detenidos desaparecidos, se secó al viento, dejando todo tal cual ha permanecido por décadas.

Y, sin embargo, nunca han dejado de intentarlo.  Los días avanzan implacables y ellas siguen ahí, preguntándose dónde están. Yo también, de cuando en cuando, tomo pancartas y salgo a la calle a gritar. Es tanta la gente que camina sin saber qué pasó con sus seres queridos. Ya no se trataba de venganza –creo que nunca se trató de eso- sino que de alcanzar un poco de paz, de descanso, de luto.

Asociado a estos grupos encontré el perdón, la amistad plena, la confianza. De esa época, mal llamada transición, son los amigos que me permitieron estar cerca de otro desaparecido, cuando me necesitó más. Y eso es lo que más importa, en realidad, ahora.

¿Por qué es importante Roberto Galland en esta historia?

Roberto Galland es importante para toda historia. Roberto Galland es uno de los hitos más relevantes de la historia de nuestro país, si lo miramos como se debe. Roberto Galland es el gran desaparecido.

Resulta que conocí a Roberto Galland en uno de tantos bares de mala muerte que abundan en el Puerto. A esa altura, ya no era ni la sombra de lo que había sido en su época de bonanza, cuando su padre aún vivía y podía mantener su sofisticado estilo de vida.

Se mantenía jugando a las cartas, vivía de casinos y caballos. Con bastante talento, fingía ignorancia. Luchaba contra sus demonios, que no eran pocos. Casi siempre perdía. Dormía poco, nunca consumió ningún

tipo de drogas. A veces se emborrachaba, nunca se enamoraba. Excepto, claro, cuando apareció Agustina. Entonces, literalmente, todo se fue al diablo.

Aunque hablar de amor, claro, en estos días resulta un poco injusto, ¿sabe?. Hablemos, en cambio, de enamoramiento. Un concepto más químico que espiritual, más cercano a una borrachera, a una intoxicación, que a una forma de vivir. Mucho, mucho más cercano al Infierno, que al Cielo.

Y está más cercano al azar, también. Y eso estaría más relacionado con Roberto Galland (y con mi persona, porqué no decirlo), que cualquier otra teoría improbable.

Jugábamos a las cartas, todo tipo de juegos, póquer principalmente. Primero, era un pasatiempo que reunía a muchos de los llamados retornados. Luego, y con más frecuencia, con los compañeros de penas, anónimos, en bares olvidados. Ya era costumbre desde mis tiempos en el seminario. Supongo que desde entonces fui desarrollando un talento especial para la maña y los trucos. Lo cierto es que, cuando la muerte dejó de ser un fantasma en el país, y todo se transformó en una búsqueda infructuosa de víctimas silenciadas y de victimarios risueños (escondidos todos detrás de luminosos espectáculos, en una especie de circo a la chilena), mi vida comenzó a tener cada vez menos sentido. El juego fue una de las alternativas, la menos dañina, para el hastío y las noches suicidas.

En esa ruleta de dineros ajenos, de azar mal habido, de ladrón robando a ladrón, pero sin la parte del perdón, conocí a Galland, apertrechado tras un vino gracioso y de pie sobre una confianza hipotecada. Fue en una barra lustrosa, en la gloriosa miseria de un sucucho pestilente, cuyo único atractivo radicaba en la combinación de su económica caña de tinto, y un baño siempre abastecido de papel higiénico. La noche nos permitía, claramente, todos esos lujos que escancia –nunca sin consecuencias- por el simple gesto galante de sacarle partido. En esa complicidad nos encontramos, él en compañía de los parásitos de su suerte, yo en la soledad de todos mis muertos. Él jugaba los billetes que arrebataba a quién sabe qué delincuente, yo jugaba una risueña pensión que llegaba, puntual, de Roma. Nunca me pregunté a título de qué.

Pero él irradiaba la misma simpatía que emanaba de su padre, un empresario textil sarcástico y pendenciero, financista de las juergas más alocadas del círculo de almirantes y oficiales de la Armada durante los sesenta. Un personaje de derechas con un chiste siempre a flor de labios, que después de incitar a sus amigos al Golpe, salió del país en el 75, absoluta y secretamente horrorizado al ver la espantosa metamorfosis que

había producido en sus camaradas, la psicosis del alto mando. Inventó un viaje de negocios que lo tuvo fuera del país hasta avanzados los ochentas. Para entonces, su ausencia prolongada y la gestión artera de un interventor militar en su fábrica, fue extinguiendo sus bienes poco a poco. Sus terrenos se fueron convirtiendo en centros comerciales y sus casas en grandes departamentos. Chile estaba cambiando rápidamente, pero los desconocidos negocios que hizo en el extranjero lo mantuvieron sin cambiar, en absoluto, su estilo de vida –o su buen humor-, hasta que murió en el 89, heredando insospechados bienes a su único hijo. No fue lo único que le dejó, claro, porque aportó, además, un ferviente rencor por el mundo militar. Un padre ausente puede causar estragos en la formación de un hijo sin madre, creciendo lujosamente, apenas un crío abandonado, en un Chile de represión, conservador y militarizado, injusto y empobrecido moralmente. Un Chile que le había arrebatado a su padre, y no dudaría un segundo en arrebatarle lo que le quedaba de vida.

Tal fue el ambiente formativo, a grandes rasgos, de Roberto Galland, la oveja descarriada que, curiosamente, consigue congregarnos a elucubrar y sopesar teorías.

Pero nunca criticaba, jamás le escuché un solo reproche político. Su vida se había tramado, también, en la bonanza económica que le había tocado en suerte, y gastar esta fortuna mal habida, pasó a constituirse en profesión.

Mientras yo intentaba divertirme, la noche que conocí a Galland, él estaba trabajando.

Recopilando fragmentos aislados, y por extraño que parezca, esa noche Galland fue a ocupar el puesto de un finado. El puesto para jugar esa noche correspondía a Pablo Gutiérrez, muerto en extrañas circunstancias por aquellos días. Un hombre en sus sesentas, siempre borracho, siempre enterado de todo, siempre a punto de morir.

Algo nos decía que la muerte de Gutiérrez tuvo que ver con su triunfo extraordinario la última vez que se sentó a la mesa a repartir cartas. Por ese motivo (no sé si habría algún otro, probablemente lo había), no estuvimos interesados en buscar un reemplazo. Supongo que todos los viejos jugadores estaban un tanto atemorizados. Pero la borrachera nos jugó una mala pasada, y la noche cobró su precio por el lujoso tinto, y el papel higiénico dispensado en aquella oportunidad. No sé si le preguntamos, o él se ofreció amablemente, pero al momento de subir al coche, Galland estaba ahí, dispuesto a comenzar su descenso definitivo a los infiernos.

Al subir al auto, tenía el rostro desfigurado, parecía poseído por un espíritu maligno, la mirada nublada por una cortina de suciedad invisible. No habló. No respondió. No supo anticipar el momento en que Valparaíso

lo golpeó con su acostumbrada brutalidad.

Porque Valparaíso puede matarte de un solo golpe si permites que los edificios y los cerros se vengan encima, y te empujen al mar. Y la gente, claro. Si te quedas mirando una calle que baja del cerro al plan, tarde o temprano quedarás bajo la sensación de invasión, de agresión. La gente parece una ola de bárbaros, dispuestos a robarte el alma si interrumpes su paso. Su objetivo es llegar al mar, su objetivo es embarcar, partir cuanto antes. Los barcos que zarpan portan los sueños de fuga, los deseos de libertad, los fantasmas del cerro, el alma de todos los marineros muertos en tierra. Esta sensación puede llegar a ribetes anormales a ciertas horas, puedes volverte loco fácilmente si permites que tu cuerpo se encajone entre edificios y recibas, frontal, el golpe de la gente bajando al plan, el mar tras de ti.

Pero nada puede llevarte tan cerca del mismo infierno (o de la locura, que es casi lo mismo), que subir los cerros, en una noche invernal, por las calles imposibles de Valparaíso. Nada atemoriza tanto a un viejo ebrio, como el lento subir, el escalar ritualista hacia lo aleatorio, hacia la contingencia incierta de ganancia o pérdida. Si se suma la arritmia espantosa de un motor mal ajustado y el olor incierto a aceite quemado, o a corazones incendiándose, se obtiene la experiencia menos tranquilizadora y surrealista que se puede vivir en el Puerto.

Galland permanecía ajeno, como el resto de la noche, haciendo lo suyo y provocando más de lo que era capaz de contener. Esa noche ganó una cifra importante, una cifra que no debió haber ganado, una cifra que no creo se pueda ganar sin el uso de mañas y trucos sucios. O bien, ganó una cifra que no se puede ganar cuando el oponente usa toda clase de mañas y trucos sucios. De cualquier forma, no debió ganar en un juego que jamás debió existir. Ese dinero sucio, de un juego sucio, desencadenó una serie de eventos sucios, que sería inoficioso detallar, en los que Roberto Galland supo cumplir rol protagónico y perderlo todo, suciamente. Por supuesto que con importantes intervenciones de personajes secundarios, tan absurdos y sucios como reales, que fueron transformándose en edificios y calles empinadas, encajonando y empujando lenta, frontal, e irreversiblemente, a mi amigo hasta el mar, donde quiso zarpar a los límites de su razón.

Aquella noche, frente al bar, justo al descender del vehículo infernal, apareció el más importante. Mi primer impulso fue de retener un momento más a Galland, el segundo necesario para reorientarlo, para sacudirlo del trance en el que se encontraba. Fue imposible. La distancia que nos separaba, mínima a simple vista, pareció dilatarse de manera imposible, hasta alcanzar proporciones pavorosas. No pude sino apoyarme con una mano en el coche, y ceder ante el mareo, hijo de esa distancia

absurda e irreal. El piso se me vino a la cara, y desde allí observé a la noche morir.

Lo del piso, el mareo y el cansancio no es de extrañar. Desde que apareció Agustina en esta historia, todo se volvió cuesta arriba.

No es bueno subestimar el papel de Agustina Bastías en toda esta historia. En toda historia. Es tanto o más importante que el de Roberto Galland. ¿No es importante el papel de Judas en la historia de Jesús de Nazareth?

Pero, hágame el favor, no estoy comparando a Agustina con Judas, ni menos a Roberto Galland con Nuestro Señor Jesucristo. Por favor, haga de cuentas que no he dicho lo anterior. Lo cierto es que la historia de Galland y esta señora, es una historia turbia de traiciones y robos. También de fe y confianzas perdidas, ¿ve lo que le digo, como la de Jesús y Judas?

Pues bien. Cuando nos encontramos, al día siguiente en el mismo bar, su confianza estaba perdida, como también todo el dinero que había ganado la noche anterior. Tenía problemas serios, el rostro pálido y el ceño torcido. Ese día, toda clase de fieras ya le buscaban para matarlo. Estaba tratando de salir, me dijo en esa ocasión. Pero ya le dije, ella lo ponía todo cuesta arriba. Le invité un vaso de buena cepa (cosa curiosa, debo admitir), y sugerí que pusiera a trabajar sus talentos, que se enderezara y se alejara de ella. Temo que lo tomó de manera demasiado literal.

Para cuando volví a ver a Galland ya estaba metido profundamente en los negocios de conocidos delincuentes locales. Estaba funcionando con grandes cantidades de dinero, viviendo en hoteles lujosos, jugando cartas absolutamente financiado por un elegante traficante viñamarino, que cobraba una jugosa comisión por cada triunfo de su estrella.

No pasó mucho tiempo antes que Galland se alejara definitivamente del circuito de jugadores que yo frecuentaba. Siempre fue un jugador de grandes ligas. Y aunque con una caña de ese gracioso tinto que le gustaba acariciar parecía nativo, siempre quedaba como recortado y pegado, siempre un turista de paso. Creo que, en la vida, le pasaba lo mismo.

Mentía sobre su edad y su verdadero color de cabello. Su apariencia estaba diseñada para despistar, confundir y ganar. Vestía, siempre, como sacado de las revistas de moda, pero jamás usaba corbata. Parecía que siempre se las ingeniara para desajustar algo en su apariencia que le hiciera parecer involuntariamente apuesto y desvalido. Algo que le diera el

aspecto de niño pije sufriente.

Aún vestido de etiqueta, el nudo de la pajarita deshecho y la camisa arrugada, jamás tuvo algún problema para entrar a los sitios más lujosos. Apariencia desarreglada que hubiese dejado fuera a cualquier otro tipo, de clubes, casinos y restaurantes de moda, a él parecía no afectarle. Era inmune a cualquier tipo de discriminación.

Claro está que su pinta nunca fue la de cualquier tipo. El era Roberto Galland, una leyenda viviente, proyectando una personalidad avasalladora. O eras su amigo, o terminabas siendo su sirviente.

No se confunda. No lo hacía a propósito. Hay gente, Usted sabe, que nace con una cierta distinción, un aire de superioridad que no pueden combatir, Algo en la forma en que hablan y se mueven que les confiere un talante de nobleza. La buena cuna, y no hablo de dinero solamente, se traduce en una suerte de configuración para funcionar con excelencia.

Galland tenía esa configuración. Se notaba nada más de verlo tomar las cartas.

El resto… bueno, el resto éramos unos monos entrenados para fumar, beber y hacer el ridículo con nuestra senilidad. Pero eso es lo que hacemos, inclúyase señor, los personajes secundarios, en las grandes historias.

Pude ser protagonista alguna vez, si sabe a lo que me refiero. Tanta gente a punto de desaparecer desfiló frente a mi, durante mi vida. Gente que no supe aconsejar y orientar, pretendiendo que, por dejar la sotana guardada, Dios dejaba de llamarme a ser pastor de Su rebaño.

Mi incapacidad y cobardía de actuar frente a lo que Galland venía anunciando en su vida, fue lo que terminó con las vidas de mucha gente. Tal como ocurrió en los setentas. Pero ya le hablé de eso, ¿verdad?

Creo que comprendí todo esto el mismo día en que encerraron a Galland. Ese día dejé de jugar a las cartas. También dejé de pagar, que explica el motivo por el que Usted se encuentra aquí esta noche.

Cuando lo vi en su auto, allá abajo, supe inmediatamente a lo que venía. Es posible que esté tan borracho y tan cansado que no pueda percibir lo poco que me queda de vida. Pero no es ninguna sorpresa. Mi vida terminó, en realidad, cuando dejé mis votos. Mi descomposición se inició el día en que dejé de ser el Padre Miguel Huerta. Comencé a morir de a poco, que es mucho más cobarde, cuando abandoné mis objetivos, mi Misión. Empecé a agonizar cuando abandoné a mi Dios. Ya estaba muerto

mucho antes, antes que Usted llegara.

Hay dos formas, a mi entender, de saber si uno está a punto de morir.

La primera es relativamente obvia. Si ha sido herido de muerte, o una bala viene en camino infalible hacia su rostro, o le ha robado a un poderoso, o piensa distinto a su dictador de turno, o su vehículo está cayendo al cráter de un volcán activo, o vaya a saber Usted qué otra cosa.

La segunda es más compleja, y más terrible. En la segunda, sabes que te vas a morir porque te lo mereces. Es por eso que ya estaba muerto mucho antes. Es por eso que Galland está encerrado, con los fantasmas de todos aquellos que cayeron por su mano mereciéndolo.

Pero no crea que esto es del todo malo. Cuando uno es bueno, vaya a saber como se hace eso, llega un momento en que te mereces morir, y gozar de un descanso glorioso en los brazos del Señor. No es nuestro caso, ¿verdad? Nosotros merecemos morir por una cadena cuantiosa de debilidades y faltas.

Para mi, esto termina hoy. Usted tiene tiempo, aunque no mucho, para salir y volver a ser lo que alguna vez fue. Un vivo entre los vivos. Nada se lo impide. Quien apunta hoy, no existe más que aquí.

Escuche, entre el sonido de las gotas. Sirenas. Vienen por Usted, quizás. Si no lo hace ahora, no tendrá otra oportunidad. Que Dios lo bendiga, no se preocupe Usted por lo que hará, ya le dije que me lo merezco.

Afuera llueve, ¿ya vio a Galland en esa ventana? Siempre está allí. Siempre tuvo una posición privilegiada. Al final es el único testigo, pero no se preocupe tampoco por eso. Nadie le cree a los locos.

Estoy listo, dispare Usted. Eso es.